

Año VI

Octubre 1909

Núm. 18

EUZKADI

REVISTA MENSUAL

DE

CIENCIAS ❖ BELLAS ARTES ❖ LETRAS

2.ª ÉPOCA



BILBAO

Imp., Lib. y Enc. de Eléxpuru Hermanos

1909

1850

Copyright 1850

1850

EUZKADI

REVISTA MENSUAL

CIENCIAS • BELAS ARTES • LETRAS



Publicado en el mes de Mayo de 1850

Idekuak alkarrekin

(Cada oveja con su pareja)

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

MIGUEL CORTÉS

Personajes.

ROBUSTIANO, dueño de una tienda de ultramarinos en las siete calles (Bilbao).

JUANA, hija de Robustiano.

ANTONIO, sobrino de Robustiano y dependiente.

TXOMIN, dependiente

MANU, amigo de la casa.

DON NORBERTO MINGUEZ.

ANICETO, hijo del anterior.

FRANCISCA, criada de servicio.

Un ALDEANO.

ACTO ÚNICO

La escena figura una tienda de ultramarinos. El mostrador separa la escena en dos mitades haciendo ángulo en la parte anterior y termina en la pared de la izquierda. A la izquierda, la tienda; y á la derecha la parte exterior del público. Junto á la pared de la izquierda, en primer término una mesa-pupitre. En las paredes, estantería y cajones para guardar géneros. Algunas sillas. Al fondo la puerta de la calle. A la izquierda una puerta que da al interior.

Al levantarse el telón están en escena Antonio, sentado ante el mostrador con un libro y Txomin arreglando unos paquetes.

ESCENA I

ANTONIO y TXOMIN

Ant.—Ya sabes, Txomin: ahora llevas eso á casa de doña Petra, la de Barrencalle; después irás á donde Zubiaurre con el otro encargo.

Txo.—Y tú, mientras tanto, á leer... Es desir, si sale ella no leerás, porque entonses con mirarla tienes bastante. Mucha afisión á la letura, pero.... los ojos de Juana ¡más que los libros te gustan!

Ant.—Pues si yo estudio todo lo que puedo ¿por quién lo hago sino por ella? Quiero ser digno de Juana; quiero ser algo más que un hombre vulgar, para que nunca tenga que avergonzarse de mí. ¡Juana!.... Yo no sé lo que á tí y á los demás os parecerá. Para mí es un ser superior, un ángel que descendió del cielo y se dignó mirarme. ¡Qué digo mirarme! Me quiere, Txomin, me quiere.

Txo.—Eso á la vista está. Antes que tú lo adiviné yo; porque los enamorados parese como que tenéis telarañas en los ojos. Hasía mucho tiempo que te quería; desde que dejó de ser chiquilla, y tú ¡venga estar triste, creyéndote desgrasiao!

Ant.—Verdad es: entonces me entristecía sin motivo. Hoy, desgraciadamente, ya lo tengo para estar triste.

Txo.—No sé, pues: las mujeres, cuando desean una cosa.... ¡difisil es que no consigan! El amo ya quiere que se case con el hijo de Mingues, porque tiene dinero, pero á Juana tú le gustas más y..... (Se oye hablar dentro á Robustiano).

Ant.—Aquí viene mi tío: vete á donde te he dicho. (Txomin coje los paquetes y sale).

ESCENA II

ROBUSTIANO y ANTONIO

(Entra don Robustiano por la puerta interior y se dirige al pupitre).

Rob.—¿Qué hay? ¿ya ha ido Txomin á llevar los encargos?

Ant.—Sí, ahora mismo sale para casa de doña Petra.

Rob.—¿Ha venido mucha gente?

Ant.—No mucha: ya sabe V. que esta es la peor hora.

Rob.—Tú ¡claro! habrás aprovechado el tiempo como de costumbre, leyendo.

Ant.—¡Así, pues! Unos ratos leyendo, otros limpiando....

Rob.—Más leyendo que limpiando, por supuesto.

Ant.—¿Le sabe á V. malo que lea? Un libro es el mejor de los amigos. Nunca se riñe con él, ni se incomoda. Además, todo no ha de ser negocio; también el alma necesita su alimento. Si el hombre no tuviera más que cuerpo, justo sería el pensar únicamente en dar gusto al cuerpo. Pero tenemos un alma á la que es preciso dar algo más que dinero y chuletas.....

Rob.—¿Ya vuelves á lo de siempre? ¿Me vas á hablar otra vez de la evasión de sentimientos, de la nobleza del corasón, de los deberes.....?

Ant.—Cosas son estas que, aunque se repitan, no dañan, tío.

Rob.—Y todo tu discurso vendrá á parar ¡como si lo viera! á tus ideas políticas; á esas ideas que harán, acaso, la felisidá del país, pero que á mí ningún provecho me traen.

Ant.—Si lo mira usted todo á través del prisma de la utilidad material..... ¡claro! será usted capaz hasta de casar á su hija con el primero que llegue, no preguntándole siquiera quién es, pero sí cuánto tiene.

Rob.—(Incomodado). Mira, Antonio, no me incomodes. Déjate de chifladuras y de pamplinas. Yo, á mi negocio, á vender mucho y á ganar mucho. Tú, sin faltar á tu obligación, sigue entusiasmandote cuanto quieras con la nobleza del vasco y con la honradés de sus costumbres..... Tú, á soñar; yo, á la realidá.

Ant.—¡La realidad!..... Cada hombre tiene la suya, diferente, y muchas veces, opuesta á la de los demás.

Rob.—No; esas también son pamplinas: la realidad no es más que una; esto. (Se pega en el bolsillo del chaleco).

Ant.—No, tío; la realidad es la verdad. Usted la ve en eso, en el dinero. Yo la veo en otra parte. La cuestión es saber si la verdad, que es única, se halla en su sistema ó en el mío.....

Rob.—En el mundo vivimos, Antonio; y el rey del mundo se llama don Dinero. Hagámonos ricos, y habremos resuelto el problema de la vida, que es la realidad de aquí abajo.

Ant.—Sin embargo, y limitándonos á esta vida—que es bastante limitarse—creo más real y más práctico el saber librarse de la dominación del dinero, que es rey absoluto y muy tirano, que no el ser su esclavo.

Rob.—Es la única esclavitud soportable.

Ant.—(Con viveza). Pues ni esa admito yo.

Rob.—Vuelvo á desirte lo de antes: yo, á mi negocio, á ganar dinero. Tú..... ¿no has dicho que cada hombre tiene su realidá? Pues sigue con la tuya. No olvides, sin embargo, tu obligación, que es atender bien á la tienda y atraer muchos parroquianos.

ESCENA III

MANU, ROBUSTIANO y ANTONIO

Manu.—(Entrando). Aquí llega uno; y creo, Robustiano, que no te podrás quejar de mí. Todos los días te doy un rato de conversación, y de ves en cuando me llevo alguna porquería de estas (señala los comestibles), que te hago el honor de pedir con toda franquesa, y tú me dejas llevar de mala gana.

Rob.—Sí, tengo la desgrasia de soportarte hase ya muchos años.

Manu.—Y los que te rondaré. Soy muy agradecido. (A Antonio): ¿Qué hay, chico?

Ant.—Ya puede usted ver, don Manuel; trabajando.

Rob.—Y leyendo lo que no le importa y hablando lo que no nos importa á los demás.

Manu.—Muchas veces se habla lo que á los oyentes no importa (con intención), pero también ocurre que no les importa aquello que debiera importarles. ¿No es verdá, Antonio?

Ant.—¡No lo sabe usted bien!

Rob.—(Incomodado). ¡Cállate ya! Y tú, Manu, ten entendido que no estoy dispuesto á aguantar tus bromas.

Manu.—Yo tengo el defeto ó la virtud de cantar las verdades al lusero del Alba. Si caen bien, bien; y si pican..... ¡rascarse! Soy bilbaino neto, hijo de aldeano. Tengo la socarronería del jebo de las sercanías de Bilbao y la franquesa del chimbo de las siete calles, todo en una piesa.

Rob.—Dale á eso su verdadero nombre.....

Manu.—Desvergüensa ¿verdá? Trae un sigarro. (Se lo da Robustiano de mala gana). Y un mixto también, si no lo tomas á mal. (Se lo da). ¿Qué tal va el negocio?

Rob.—Ya lo ves, á la ruina. No has hecho más que entrar y ya me has quitado un sigarro, un mixto y la pasiensia. (Se levanta y sale).

ESCENA IV

ALDEANO, ANTONIO y MANU

Ald.—(Entrando). Egun on.

Ant.—Egun on.

Ald.—¿Yesca pa ensender pipa ya tienes?

Ant.—Aquí no vendemos yesca: vaya usted á aquella tienda de enfrente y encontrará.

Ald.—¡Tira bal! Ya voy, pues. (Saca el pañuelo al marchar y se le cae un periódico).

Manu.—¡Eh! que se le ha caído algo.

Ald.—¿Zer da? ¡Ah! *Bizkaitarra* es. (Lo coge). Gracias. Sentir hubiá hecho perder; entoavía no he leído y....

Manu.—¿De dónde es usted?

Ald.—De Seánuri.....

Ant.—¿Hay muchos Míngues por allí?

Ald.—Algunos, pues, ya erremansen. ¡Malo ques este tierra disen, però.....! Con eso y todo, raises como si echarían, clavar parrese que hasen en pueblo. Mal que están, bayá..... ¡ya te traírán parientes tamén! Y luego, ¡sácate si puedes! Chicas nuestras feas que son y sosas tamén sí, però..... ¡aquí tamén casar quieren! Carne sin sustansia, y pescau, soso que comemos. En su tierra, un semana después de pescar, mejor que es porque picante como si tendría que sabe. Comer, però..... ¡nunca llenar se hasen! ¡Osús.....!

Manu.—Bien, hombre: has dicho en poco tiempo más verdades que un libro.

Ald.—¡Ca! Yo hablar erdera, casi ni asertar hago.

Manu.—Pues mira, un Míngues de esos, hubiera pronunsiado un discurso de media hora y seguramente no hubiese dicho ni la désima parte.

Ald.—Más tamén ya diría, bayá..... prisa tengo y me voy. Aguf ba.

Manu y Ant.—Aguf.

ESCENA V

FRANCISCA, ANTONIO y MANU

Fran.—(Entrando con una cesta). Buenos días, Antonio y compañía.

Ant.— Buenos días, Francisca. ¿Qué traes?

Fran.— Ya ves: la sesta lo que me des pa llevar.

Ant.— ¿Y qué quieres que te dé?

Fran.— Poca conversasión, una libra de arrós y dos de chocolate.

Ant.— Al momento serás servida en todo, menos en lo de la conversasión, porque tengo que pedirte ciertas cuentas.....

Fran.— La cuenta á mi ama le doy todos los días, mal ó bien: á nadie más tengo que dar.

Ant.— De mal humor parece que vienes, pero no importa. ¡Oyel! ¿Quién era aquel señorito tan mono que te acompañaba el domingo?

Fran.— Ya te he dicho que poca conversasión. Yo voy con quien quiero, y á donde me da la gana.

Ant.— Estaba precioso. Chiquitín, de andar menudito, como una señorita; bien trajeado; con gorra de moda y el pelito rizado saliéndole cuatro dedos fuera de la gorrilla por todo alrededor. Como tú tienes el paso un poco largo, el pobre chico sudaba.....

Fran.— ¿También te fijaste en que sudaba? ¡Fijar es!

Ant.— Además me pareció..... ¿cómo te lo diría yo para que no te ofendieras, hoy que estás tan incomodada? Me pareció que no era paisano tuyo; de Deusto.

Fran.—(Incomodada). Yo voy con el que me acomoda.

Ant.— Es que yo preferiría que á ti te acomodara ir con chicos de aquí, del país, porque á éstos ya les conoces y no es fácil que te engañen. Con un vasco y de tu condición, poco más ó menos, á nadie chocaría el verte; pero con un desconocido y señorito además..... ¡Hum.....! ¡Ese no es camino que lleva á la Iglesia!

Fran.— Vosotros mucho hablar, mucho dar consejos, mucho interesarse por nosotras, las chicas vascongadas, pero..... ¿por qué

no venís á donde nosotras? Solas nos dejáis, metidos en vuestras sociedades, y nosotras, las que no tenemos vocación de monjas, casar queremos, cuanto más antes mejor. La juventud pronto se pasa á la mujer; y en cuanto los años hasen un estrago en su cara, ya tiene asegurado un porvenir negro vistiendo imágenes; y como este es un ofisio que no nos gusta á las mujeres, antes que tomarlo, se casa una con el primero que á ello se ofresca.

Ant.—(Con la cabeza baja, pensativo..... Después mirando á Francisca). Toma lo que has pedido. (Se cobra el importe). De eso que has dicho, en parte tienes razón, pero..... No vayas con señoritos, ni con gente que no conozcas bien. Aguí.

Manu.—Francisca: estos chicos son buenos, pero tienes rasón, están demasiado alejados de vosotras. Cuando se convensan de que hay que haser algo más que predicar, ya darán trigo..... ya frecuentarán vuestro trato, y los buenos chimbos podremos ir á la Misa mayor sin miedo á que nos hagan rabiar las proclamas. (A Antonio): Yo también me voy á dar una vuelta por la plasa. Hasta luego.

Ant.—Aguí, los dos.

ESCENA VI

JUANA y ANTONIO

Juana.—(Entra en escena por la puerta interior). Oye, Antonio, ¿quién era esa chica á la que dabas tanto palique?

Ant.—Francisca, la criada de doña Isabel. ¿Celos tienes?

Juana.—¿Celos yo? ¡Cal! Pero me parece que gastas demasiada conversación con las chicas, y algunas veces pienso si serás tú como todos.....

Ant.—No sé si seré como todos; es posible que lo sea; pero..... Mira, Juana, ¿he dicho que es posible que sea como todos? Pues bien; creo que soy mejor que muchos, y que todo lo bueno que tengo es obra tuya. Yo vine del pueblo cuando era pequeño, casi un niño; y no hay un niño que tenga duro el corazón. El mío, que era bueno, viene alimentándose desde

entonces, con el cariño puro del tuyo; y así como otros corazones se vuelven malos, porque crecen en ambiente de maldad, el mío, que se desarrolló envuelto en tu cariño, y alentado con el afán incesante de ser noble y bueno para que á ti te pareciera el mejor de los hombres, forzosamente ha tenido que salir bueno y noble, sin que esta bondad se deba á mi esfuerzo. Dios pone en cada corazón un germen de nobles sentimientos. El trato, el ejemplo, la educación, desarrollándolo ó modificándolo, hacen después que de ese germen salga un santo, un héroe, un mártir, un hombre honrado ó un criminal.

Juana.—Cuando hablas así, me olvido de todo. Ya no me acuerdo de tu charla con las chicas que vienen á la tienda. Creo en tus palabras, después que las oigo, y tengo confianza absoluta en tu honradez. (Pausa). ¡Y pensar que toda esta dicha puede venirse al suelo si mi padre se empeña en casarme con ese títere de Aniceto!

Ant.—(Con fuego). ¿Tú? No; tú no te casarás con él. Sería capaz hasta del crimen.

Juana.—¡Josús! No digas eso, ni lo pienses siquiera. Te sienta mal. Además, ya sabes que te he jurado no casarme con otro, y sabré cumplir mi juramento. Hoy viene don Norberto á pedir mi mano para su hijo. Mi padre dirá que sí, pero yo diré que no; y..... ¡que *no* será! Vosotros, los hombres, tenéis la fuerza; nosotras tenemos por arma la resignación, las lágrimas y la perseverancia. ¡A la larga, siempre salimos vencedoras!

Ant.—¡Tu padre! Le quiero como si lo fuera mío; pero desearía verle de otro modo distinto de como es. Quisiera que levantara un poco su corazón de donde casi exclusivamente lo tiene puesto: del oro. No piensa más que en el dinero, ni tiene otro afán que acaparar riquezas. Para él parece que no hay intenciones buenas ó malas, deseos nobles ó innobles, pensamientos justos ó injustos. El mérito, la nobleza, la dignidad, la honradez, consisten en la fortuna. Su máxima es: *tanto vales cuanto tienes*..... ¡Y no teniendo yo más que un corazón noble, nada valgo!

Juana.—Mi padre también tiene corazón.

Ant.—Sí, pero es un corazón forrado de metal.

Juana.—¿Y por qué no hemos de poder romper esa envoltura para llegar adentro y despertar los sentimientos dormidos? ¿Necesitarás tú, hombre, que yo, débil mujer, tenga que infundirte valor?

Ant.—¡Valor!.... Valor no me falta. Por tí me siento con bríos para todo. Yo lucharía con un enemigo hasta vencerle ó morir.... (con desprecio) ¡Aniceto! ¡Pobre hombre! Ese es poco para mí; se le tira de un soplo. ¡Pero tú padre!

ESCENA VII

TXOMIN, JUANA, ANTONIO, DON NORBERTO y ANICETO

Txo.—(Entra corriendo). Aquí vienen don Norberto Mínguez y su hijo. Les he tropesado en el cantón y he venido corriendo á avisaros.

(Antonio se queda mirando á Juana).

Juana.—¡Semejantes coipes! (A Antonio). Tú estáte tranquilo y dejame hacer á mí. Ya verás cómo no les quedan ganas de volver á esta casa.

Txo.—¿Queréis que les espante yo?

Juana.—¿Qué vas á hacer?

Txo.—Mira, en cuanto asomen por la puerta les mando una lata de Trevijano á la cabeza. Será un saludo que les hace un paisano.

Ant.—No estaría mal....

Juana.—¡Vamos! Vosotros estad quietos y dejadme á mí. Lo que yo conteste es posible que les pique más que un pimiento de la Rioja. (Mientras Juana habla, Txomin ha ido á mirar por la puerta).

Txo.—Aquí están. (Entran don Norberto Mínguez y su hijo).

D. Nor. y Ani.—Buenos días, Juanita.

Juana.—Felices.

Txo.—(Aparte). La compañía al agua.

D. Nor.—(A Juana). ¿Y su papá de usted?

Juana.—Pasen Vds. Adentro está.

D. Nor.—(Pasa). Con permiso. (A su hijo). Tú, Aniceto, espérame aquí. (Sale por la puerta interior). (Una pequeña pausa).

ESCENA VIII

ANTONIO, ANICETO, JUANA y TXOMIN

Ani.—Juanita: mientras mi padre habla con el de usted ¿quisiera escucharme dos palabras? (Antonio, desde que don Norberto salió, mira con frecuencia á la puerta y da muestras de impaciencia).

Juana.—Hable cuanto guste.

Ani.—Es que como tenemos testigos.... Si estos dependientes quisieran retirarse un momento....

Juana.—¿Tan grave es lo que ha decirme que no pueden escucharlo mi primo Antonio y Txomin?

Ani.—¡Ah! ¿Es un pariente? (Señalando á Antonio).

Juana.—Sí, un pariente á quien queremos mucho y que nos corresponde en la misma moneda.

Ani.—Sin embargo, yo les rogaría que nos dejaran solos.

Juana.—Y yo les ruego que no nos dejen. Lo que no puedo escuchar ante ellos, es señal de que no debo escucharlo. Me gusta más la luz que la oscuridad; y las cosas claras, más que las turbias. Si lo que tiene V. que decirme es bueno ¿qué mal hay en que lo escuchen otros? Diga V., pues, lo que quiera, bien entendido que, ó lo ha de decir ante *mi primo* ó yo no lo he de escuchar. (Txomin que está sacando harina de un cajón, deja caer un puñado sobre Aniceto).

Ani.—(Asustado y luego incomodado). ¡Caracoles! (Se mira la ropa y el sombrero). ¡Animal! ¡Bueno me ha puesto! (Se ríen todos menos Antonio que continúa impaciente yendo continuamente hacia la puerta interior).

Txo.—Dispensar. Sin querer ha sido.

Ani.—Sin querer ó queriendo, no lo sé, pero aquí parece que todos.... (Se limpia con la mano).

ESCENA IX

ANTONIO, ANICETO, JUANA, TXOMIN y ALDEANO

(El Aldeano entrando con un pequeño saco, que deja detrás de Aniceto, á quien no ve por estar junto á la puerta, cerca del mostrador).

Ald.—(Con voz fuerte, mientras deja el saco). Egun on. (Aniceto se vuelve sorprendido, tropieza con el saco y cae. Carcajada de Juana y Txomin). ¡Sentellas! Mal no habrás hecho.... (Antonio sale).

Ani.—¡Vaya V. á paseo!

Ald.—(Contemplándole). (Una pequeña pausa. Se rasca la cabeza). Brujerías ó.... ¡qué anda aquí! El saco mío, harina no trae; en suelo tapoco mucho no está y.... tú errotari ó así pareses. (Aniceto le mira furioso y continúa limpiándose).

Ani.—¡Bonito papel estoy haciendo!

Ald.—(Dirigiéndose á Juana y Txomin). Vosotros vascongaos pareséis; ideas sanas, igual que yo tamén sí.... figurar se me hace. ¡Tú! (á Txomin) ¿ya guardarías esto? (señala el saco) Luego vendré á recoger....

Txo.—Sí, hombre, sí. Deja aquí sin cuidado.

Ald.—Ya tendrás cuenta geró: aquí tamén e.... Míngues ó esos no te faltarán. (Mirando á Aniceto).

Ani.—¿Qué tiene V. que decir de Mínguez? ¿me conoce usted acaso?

Ald.—¿Míngues eres, pues? Algo ya te había barruntao.

Ani.—¿Y quién le ha autorizado á V. á tratarme de tú?

Ald.—Dispensar: yo poco erdera saber y... (Se dirige á Txomin y mirando á Aniceto dice aparte): Ya guardarás bien ¿eh?, este Míngues pa que no se lleve.

Txo.—(Aparte). Vete sin cuidao.

Ald.—Bueno ba. Gero arte.

ESCENA X

ANICETO, JUANA, TXOMIN, ALDEANO y MANU

Manu.—(Entrando á la vez que el aldeano sale) ¡Hola erril! ¿Otra ves por aquí?

Ald.—A que me guarden algo por favor venir he hecho.

Manu.—(Dentro). Aquí vuelvo yo, el mejor parroquiano de la casa. (A Aniceto). No había reparado. Buenos días.

Ani.—Buenos días. (Sigue limpiándose).

Manu.—(Aparte). ¡Este tío á que habrá venido! (Dirigiéndose á Juana. Aparte). Tú, Juana, ¿qué hase este coipelustre aquí? (Don Rubustiano desde dentro llama á Juana).

Juana.—Pronto lo sabrá usted. Don Norberto está con mi padre. Ya oye usted que me llaman. (Don Robustiano vuelve á llamar). (En voz alta). Ahora voy.

Manu.—(A Juana aparte). ¿Y tú que piensas? (Juana, que va á salir por la puerta interior, se vuelve).

Juana.—Yo, aunque débil mujer y buena hija, sabré cumplir con mi deber. (Sale).

ESCENA XI

ANICETO, MANU y TXOMIN

Ani.—Aquí, por lo que veo, todos están contra mí.

Manu.—Pues, por lo que veo yo..... tiene usted rasón; hasta la harina se ha empeñado en mancharle.

Ani.—La harina quieta se hubiera estado en su sitio si ese no la hubiese sacado precisamente cuando estaba yo debajo. (Manu se ríe). ¡Hombrel! ¿también á usted le hace gracia? ¡Qué chistoso, verdad?

Manu.—¡Chistosísimo!

Ani.—Pues podían comprar un mono si querían divertirse, que de mí no se ríe nadie.

Manu.—¡Hombre, no se incomode, que la cosa no es para tanto!
¡Con tal que de la tienda no se lleve usted hoy más que ese poco de harina!

Ani.—¿Cree, acaso, que me he de llevar algún chorizo, como suele usted hacer?

Manu.—Choriso, no; pero otra cosa cualquiera..... calabasa, por ejemplo.....

Txo.—Calabasa, yo no podré dar porque no sé dónde han puesto; pero Juana saldrá pronto y esa sí podrá dar. (Sale Juana). (A Aniceto). Mire; aquí está Juana. (Tras ella salen don Norberto, muy incomodado; Robustiano, con la cabeza baja, y Antonio).

ESCENA XII

Dichos y ROBUSTIANO, JUANA, DON NORBERTO y ANTONIO

D. Nor.—(A Aniceto). Vámonos de aquí, hijo. ¡En buena casa ibas á meterte! ¡Con buena mujer te ibas á casar! ¡Caramba con la mosquita muerta! ¡Las vascongadas! ¡Buenas están las vascongadas!

Ant.—(Saliendo fuera del mostrador). Oiga usted, señor mío, ¿qué tiene usted que decir de las vascongadas? (Agarra de un brazo á don Norberto. Aniceto acude y también á éste le agarra del brazo, sujetando á los dos y llevándolos cerca de la escena).

D. Nor.—Suelte usted; si no llamaré á un alguacil.

Ant.—(Con mucha energía). No sin haber dicho á ustedes cuatro verdades. Las vascongadas son, cuando solteras, modelos de recogimiento y de modestia, y cuando casadas, mujeres de sus casas. Ni van de tertulia en tertulia en busca de cuentos y diversiones, abandonando sus quehaceres, ni echan sus hijos á la calle para que se eduquen en el arroyo. Y los vascongados sabemos ganarnos el pan honradamente, aquí, en nuestra tierra, contentándonos con lo que tenemos, poco ó mucho; y cuando vamos á la ajena, respetando las costumbres del país que nos da el pan. Así somos nosotros, porque tene-

mos educación y nobleza; y porque somos así, se nos estima en todas partes. (Zarandeándoles y levantando la voz). Cuando estedes dos adquieran esas cualidades y aprendan además á estar agradecidos al país que les ha quitado el hambre, entonces, y sólo entonces, pondrán entrar en esta casa honrada; no para formar parte de nuestra familia, sino para ser recibidos como los vascos reciben siempre á los huéspedes decentes. (Les da un empellón hacia la puerta y salen).

ESCENA XIII

ROBUSTIANO, JUANA, ANTONIO, MANU y TXOMIN

Rob.—(Cruzado de brazos. Mirando alternativamente á Juana y á Antonio). ¡Muy bien! ¡Tú (á su hija), teniendo engañado á tu padre; y tú (á Antonio), abusando de mí hasta el punto de tener relaciones amorosas con mi hija, aquí, en mi misma casa! ¡Qué os parese! ¿Está bien, verdad?

Juana.—Padre.....

Rob.—¡Calla!

Ant.—Tío.....

Rob.—¡Cállate tú también! De pequeño te traje á esta casa; en ella te he mirado como si fueras mi hijo; te he dado algunos estudios, y pensaba dejarte con la tienda cuando yo me retirase. ¿Y así me pagas? ¿Esa es la nobleza de que hablabas hace poco?

Ant.—Tío: yo no soy ni criminal ni desagradecido. Si he querido y quiero á Juana, no es culpa mía, ni de ella lo es el quererme á mí. Tenía que suceder y ha sucedido; pero ni sus intenciones y su conducta pueden ser más puras, ni mis pensamientos y mis deseos más honrados.

Rob.—(Con sorna). Si te parese, llamaré al carpintero para que haga unas andas, te pondremos en ellas y te llevaremos en posesión por las calles. (A Manu). Habla tú; vamos, dime algo, tú, único que puedes ver esto con sangre fría. ¿Qué determinación crees que debo tomar....? Habla, aconséjame algo, porque creo que voy á dar un estallido.

Manu.—Robustiano, comprendo tu situación, y no me creas tan duro que no me conmueva lo que he visto y oído. Mira primero lo que hago, y oye después lo que voy á desirte. (Se dirige á Antonio y le abraza). (A Robustiano). Este abrasso le doy, y bien apretado ¿verdá, Antón? por la hermosa defensa que ha hecho, hase un momento, de los vascos; es desir, de ti, de mí, de todo nuestro pueblo; pero también por la defensa de tu hija, injuriada por un extraño. ¡Sangre fría dises! ¡Si no hubiera estado este, la hubiese defendido yo!

(Entra el Aldeano, que, al ver la gravedad de todos, queda parado y sin hablar junto á la puerta. Los demás no notan su llegada).

Ahora, óyeme bien. Estos (señala á Juana y Antonio), nada malo, ni menos extraordinario, han hecho con quererse. Moso es él, fuerte y guapo; ella sensilla, buena y hermosa; la edad proporsionada..... Ocasiones para hablarse, ¡ya ves si las han tenido! ¿Qué más natural que su cariño? Tú, con tu negocio, con tu máxima *tanto vales cuanto tienes*, con tu indiferencia para todo lo que se relaciona con el corasón, no has visto lo que tenías serca de los ojos; pero yo, que soy vago por naturalesa, y algo escamón, y oservador, porque no tengo otra cosa que haser, he notado todas las fases de este amor *casto é puro*, como dirían los italianos. Y no puedes figurarte el gusto con que veía esta unión de corasones tan apropiados el uno para el otro y, al mismo tiempo, lo chirenísimo que me paresía este verdadero idilio, desarrollado entre manteca, jamones, tosino, espesias..... ¡Oh! ¡Para un *sportman* de la oservación como yo, esto era delisioso! ¡Miral; desarruga ese entresejo, Robustiano querido, y convén conmigo en que la cosa es muy chirene, al mismo tiempo que muy natural y..... te lo diré con franquesa: muy justa..... y muy conveniente hasta para tus intereses.

ESCENA XIV Y ÚLTIMA

ROBUSTIANO, JUANA, ANTONIO, MANU, ALDEANO, TXOMIN y FRANCISCA

Fran.—(Entra con cesta). Buenos días. (Vuelven todos la cabeza).

Manu.—Buenos días. (Al Aldeano). ¡Hola, efi! ¿Tú también estás ahí?

Ald.—Rato grande hase estar aquí. ¡Ni barruntar me habéis hecho!

Manu.—¡Ca? Entonases, has oido nuestra conversasión. ¡Buen sorro estás!

Ald.—Yo, la metá tamén entender no he hecho. Mal humor que tenéis m'ha paresido.

Manu.—Mira; aquí querían casar á la chica con un Mingués....

Ald.—¿Con el del harina? Tú (á Txomin), ¿mi saco no te habrá llevao, pues?

Manu.—Pero la chica no quiere Mingués, sino vascongao.

Ald.—¡Añayua! Igual igual te hisó Kosepa, la de Arketas. ¿Queréis que vos cuente?

Manu.—Sí, hombre, cuéntanos, á ver si nos alegras algo, que buena falta les hase á estos. Ven acá, y tú, neska, también. (Se acercan, y el Aldeano se sienta en la silla que le ofrece Manu. Todos de pie, rodeándole, menos Robustiano, que queda un poco aparte pensativo. El Aldeano enciende su pipa con calma).

Ald.—¿Vosotros ó.... conoser no harías á Kosepa? Pa comparar con Kosepa, en todo fueblo no estaba chica.... Seis arrobas ya pesaría; y guapa tamén sí. Gustar le hisó á un Ruisperes é.... tienda que tenía en fueblo, y.... ¡errecontra! ande Kosepa fué, casar que quería haser. Hablar erdera, sí, ya sabía Ruisperes ó ese, bayá.... cuando arrimar se hasía, Kosepa patrás.

Txo.—¡Olor tiraría y....!

Ald.—(Volviéndose á mirar á Txomin). ¡Sí, pues....! Kosepa, patrás cuando hasía, Ruiperes adelantar más; y Kosepa más atrasar.

Manu.—¡Olor tiraría y....!

Ald.—(Se vuelve á mirar á Manu). ¡¡Sí, pues....!! Ruisperes tienda

hermosa que tenía; y en su fueblo tamén tierras y casas y.... arrimar otro ves á Kosepa; y la chica erretirar siempre..... (Mira á Manu y á Antonio). Dite, pues, *Olor tiraría y.....* ¿Olvidar habéis hecho?

Manu. — ¡Olor tiraría y.....!

Ald. — (Se levanta). ¡Sí, pues.....! Olor á Ruisperes; ¡y ella olor á Patxiko Olaetxea gustaba más!

Manu. — ¡Bien salau! Y ahora (se dirige á Robustiano) es preciso que tú y yo hablemos en serio. (Le coge del brazo y le lleva junto al mostrador, sobre el que se sienta Manu y apoya un brazo en el hombro de Robustiano). ¿Qué piensas haser?

Rob. — ¿Acaso lo sé yo? Por de pronto, despachar á ese. (Señala á Antonio). De esta (á Juana) ya veré lo que hago.

Manu. — ¡Casarla con su primo! ¡Si no puedes haser otra cosa! A cada cual hay que presentar los asuntos según sus gustos y afisiones. Si fueras un joven romántico, te hablaría de ideales puros, de amor.....; pero como tú no crees en esas sinsorgadas, voy á demostrarte que hasta para el negocio te conviene casar á los chicos. Figúrate que Juana se hubiera casado con ese Mingesillo. El no sirve para el mostrador; Antonio se hubiese marchado; tú ya no estás para trabajar mucho tiempo, y esta tienda, la más acreditada de las siete calles, acabaría por serrarse. En cambio, Antonio, marido de tu hija y que sabe donde le aprieta el sapato, llevará el negocio adelante, y la tienda prosperará cada ves más. (Se pone de pie). Con que déjate de incomodos ¡y que las cosas vayan por su camino natural! ¿No eres amigo de refranes? Pues bien: **Idekuak alkarrekin**—*Cada oveja con su pareja*. Y ¡la verdad! esta ovejita tuya, tan buena, tan hasendosa..... tan vasca, no merece la pareja que tú, en tu seguera, querías darle. Ese Minges, olor á ídem tira; y tu hija, como Kosepa la de Arketas, gusta más del olor á Antonio de Arandigoyen..... y tiene razón que le sobra por los cuatro costados. (Al Aldeano). ¿Verdá, erri?

Ald. — ¿Egija bakafik?

Manu. — Vuelvo á repetirlo, Robustiano querido: *Cada oveja con su pareja*. (Coje de las manos á los novios y se adelanta con ellos). (Miránsoles). ¡Y vaya una pareja! ¡Parese que Dios los crió

para que viviesen juntos! ¡Los dos vascos de pura sepa! (Con despresio). ¡Mingues...! (A Robustiano). ¿Te has convensido? (Calla Robustiano). ¿Callas? ¡Luego otorgas! (A los novios). ¡Oh poder de mi elocuensia chimbescas! Hoy me creo un Demóstenes y un Alejandro, todo en una piesa. El corasón que, aunque corasón de arlote, es vasco, me salta de alegría, al ver ¡alguna ves siquiera! el triunfo de los míos. (Atrae hacia sí á los novios). ¡Venid acá, felís pareja! Yo seré el padrino de la boda. Vosotros (á todos) desde ahora quedáis convidaos. (A los novios). Dichosos vosotros que me tendréis todos los días de tertulia en vuestra tienda, y os haré el honor de asestar de ves en cuando alguna porquería de esas. (Señala á los géneros de la tienda). Ahora (con solemnidad extiende el brazo sobre los novios) ¡resibid mi bendisión! ¡Cresed y multiplícaos! (TELÓN).

FIN

Defensa

del

“Análisis y Corrección del Pater Noster del Euzkera usual”

ARTÍCULO III

«Betoñ geugana zeure efeinua»

«Zeure ala belkigu».—«Betoñkigu zeure jauntzea»

Justamente califica el señor Arana de más acomodada á la Vulgata, mucho más enérgica y de consiguiente preferida la forma gramatical *betoñkigu* á la usual *betoñ geugana*, que está vertida servilmente del modelo de la traducción castellana que dice *venga á nos*. En ello está también conforme el señor Sagarmínaga. Empero este señor parece que no comprende, á lo menos no le acaba de agradar, la distinción que con las siguientes palabras establece el señor Arana: «A los traductores españoles, dice, no les satisfizo el decir *vénganos* poniendo el *nos* en dativo, y dijeron *venga á nos*, poniéndolo como término local de dirección. Tan difícil es explicarse esto como el que...» Por esto dice que la forma *betoñkigu* no sólo es más enérgica que *betoñ geugana*, sino que «además, es la más propia y la más usual, si no la única, en el lenguaje común, significando ambas lo mismo: *vénganos* ó *venga á nosotros*».

Para dar á conocer la mente del Maestro, y la profundidad y solidez con que discurría, creo del caso valerme de una corta explicación. Hay dos suertes de cosas que pueden *venir*, digámoslo así, á nosotros. Unas que lo hacen internándose y posesionándose en cierto modo de nuestro ser. Otras que no modifican nuestro ser informándolo sino tan sólo como adjuntos extrínsecos. Al primer grupo pertenecen por ejemplo, la felicidad, la paz, la gracia, todas las virtudes y ciencias, y en general todo aquello que viene á formar parte de nuestro ser. Al segundo grupo pertenecen, por ejemplo, los parientes, amigos, compatriotas, todo aquello que no puede formar parte de nuestro ser. Las cosas que pertenecen á la primera clase, hablando con propiedad, mejor se dirá que *nos vienen*, *veniunt nobis*, en dativo, que no que *vienen á nosotros*, *veniunt ad nos*, como término local de dirección; al contrario á los de la segunda clase les cuadra mejor *venir á nosotros*, *venire ad nos*, que *venirnos*, *venire nobis*.

Ya que nos hemos servido de la lengua latina para declarar nuestro pensamiento pongamos un ejemplo en latín y otro en euzkera, á fin de hacer más asequible lo que queremos decir. Hablaré con más energía y más propiedad en latín, si digo: «*veniat mihi*, domine gratia tua et dives sum satis», que no si dejera: «*veniat ad me* gratia tua et dives sum satis». Al revés: será más propia la frase «*veniat ad me* ipse discipulus ut doceam eum», que esta otra «*veniat mihi* ipse discipulus ut doceam eum».

El euzkera tiene tres formas distintas que en castellano se suelen expresar con *a* indistintamente, y con *para* dos de ellas. Por esta falta de determinación de las partículas castellanas nos ha parecido conveniente no servirnos de ellas solas en la aclaración anterior. Las formas euzkéricas de referencia las constituyen los sufijos *i*, *entzat*, *gana*, que aplicados al pronombre de primera persona singular nos dan: *neure*, *neuretzat* ó *neurenzat*, *neugana*. Los anteriores ejemplos vertidos al euzkera nos harán ver esta diferencia. 1.º «*Betořkit* (mejor que betoř neugana) Jauna, zeure eskafa ta naiko aberatsa naz». 2.º «*ikaslarija* bera betoř *neugana* (mejor que *betořkit*) irakatsi dagijodantsat». Es decir, que lo que viene como adjunto extrínseco «datoř geugana», lo que como accidente informativo «datoř geuri», y lo que viene para ser nuestro, de nuestra propiedad «datoř geuzetz». Si del adjunto extrínseco se

puede afirmar á veces que «datoŕ geuri» no le corresponde esa forma por sí solo y en virtud propia, sino en razón del beneficio, ayuda, consuelo, etc., que nos presta.

Además, propone el señor Arana dos correcciones lexicológicas. La primera respecto del verbo *etoŕi* expresándose del siguiente modo: «El verbo *etoŕi* (venir) no es voz que satisface lo que el *advenire* latino significa literal y directamente y quiere en este caso expresar: porque lo que *viene* (*datoŕ*) puede estar en camino sin haber llegado, y lo que con *adveniat* quiere significarse es que para nosotros *llegue, arribe, se cumpla ó se realice* el reino de Dios, mediante el reinado de la Iglesia en todo el mundo, el de la gracia en nuestras almas y el de la gloria eterna en nosotros después de la muerte. Por eso con más propiedad que *etoŕi* (venir), en cuyo idéntico caso se encuentra *erdu* (acudir), pues también lo que *acude* puede no haber llegado, se expresará el latino *adveniat* (llegue, arribe) en la acepción de *realizarse ó cumplirse*».

«Corrección belkigu», ya que á *eldu* le corresponde la conjugación sintética.

La segunda corrección es del vocablo *eŕeñu* que viene del español *reino*.

«En euzkera, en efecto, continúa el señor Arana, no hay voz usual para significar *reino*, como tampoco *rey* ni *monarquía*. Bizkaya no lo ha necesitado para sí, pues sólo tuvo *jaun* (señor), el cual lejos de ser señor ó dueño de Bizkaya, era jurídicamente servidor suyo: era tal, que no puede en rigor llamársele *Bizkaidun jauna* (señor que posee á Bizkaya), sino *Bizkaiko jauna* (señor que desempeña este oficio en Bizkaya), ó *Bizkaya'ren jauna* (señor que Bizkaya tiene). ...»

«Pero ¿será preciso inventar voz para traducir el *regnum* del *Pater-Noster*? En manera alguna. Lo que en dicha oración quiere decirse es que el *poder*, el *dominio*, el *señorío*, la *potestad* de Dios sea un hecho para nosotros los hombres: «*adveniat regnum tuum*» equivale á *adveniat dominatio tua*. Ahora bien: hay en el euzkera usual una voz que expresa *dominio, poder*, y es *al* simplicísima y verdaderamente primitiva voz».

1.º) Contestando al primer punto, dice el señor Sagarmínaga: «no sabía que el verbo *eldu* pudiera emplearse con propiedad en la acepción de *realizarse, cumplirse* y creo que no se puede». Pero

aun suponiendo que sí, *belkigu* significaría *llegue á nosotros*. «Para expresar *realicese ó cúmplase en nosotros tu reino* habrá que decir «eldu bedi gugan zeure efeinua». Mas no significando sino *llegar*, á la manera que lo que *viene* puede estar en camino sin *haber llegado*, así lo que *llega* puede *llegar de tránsito y largarse en seguida*. Por tanto no adelantamos nada con *belkigu*. Al contrario, diciendo *betorkigu*, fijamos ya el término del viaje y pedimos que *venga y llegue* «instando así con más expresión y viveza, que con *eldu belkigu*, y que permanezca en nosotros».

También se queja del señor Arana por haber atribuído á *eldu* la conjugación simple sin haber de antemano probado que le convenía.

2.º) A las afirmaciones de la segunda corrección responde á la larga en el terreno jurídico y en el lingüístico.

a) En el histórico-jurídico, de esta suerte: «Bizkaya tuvo *señor* que no era *señor*, viene á decir... ¡qué disparate!»

«¿Era ó no era *Señor* el *Señor* de Bizkaya? ¿En qué quedamos?...»

«*Señor* era; y tan *Señor*, así, con letra mayúscula, como cualquiera de cualquier otro país».

.....

«Que era, *jurídicamente*, servidor suyo ..

Verdad, pero verdad á medias; porque no sólo lo era *jurídicamente*, sino también *políticamente y de todas las maneras*. Como han sido, son y deben ser todos los Reyes y Señores de *verdad*» según enseña la doctrina católica.

.....

«Que no puede, en *rigor*, llamársele *Bizkaidun jauna*.. »

Tampoco puede llamarse al Rey de Castilla *Gazteladun érege*... Pero así como se ha dicho, y se debe decir *Bizkaiko jauna*, *Bizkaiaren jauna*, se dijo y se debe decir, *Gaztelako* y *Españako Éregea*; *Gaztelaren* y *Españaren Éregea*.

¿Y qué diferencia hay, en puridad, entre *Jaun* (Señor) y Rey?

Considerando el cargo ó el oficio en sí, en lo que es, ninguna más que la del nombre....

Y si consideramos el ejercicio del cargo en cada caso particu-

lar, veremos que se diferencia tanto como las leyes constitutivas de cada pueblo, y que ha habido y puede haber reyes con menos atribuciones y derechos que el Señor de Bizcaya.

Dedúcese de todo esto que nada importaría para la propiedad y bienestar del pueblo bizkaino que su Señor se titulara *Rey de Bizcaya*. Sin embargo, á fuer de tradicionalista, jamás consentiré de grado en ese cambio de título, y trabajaré con todas mis fuerzas para que tal no suceda.

b) En el terreno lingüístico responde así: *al* no significa *dominio*, ni menos *reino* ó *reinado* sino *poder*. Y que *venga á nos* el poder de Dios no tenemos que pedirlo; ya lo tenemos, pues por él somos y por él existimos y existe cuanto es. No sirve, pues, *al* para significar el *reino*.

«Sin embargo, el radical *al*, en otra forma, podrá expresar, en alguna manera, aquel concepto.

De *al* (poder) *algin-a* (el hacedor, el ejercitador del poder). Verbalizando *algin* tenemos *algintu* ó *algindu* y por elisión de *l*, *agindu*, *ejercitar el poder*, *mandar*, *ordenar*... De *agindu* viene *agintza*, *mando* ó *podertio*. Pero como *reinar* es ejercitar de *manera especial* ese *podertio*, no expresa *agintsea* bien el concepto.

Hay otra palabra que lo expresa perfectamente.

Ya se ha demostrado la identidad de concepto de las voces *señorio* y *reinado*. Si pedimos, pues, á Dios que nos venga su *señorio*, pediremosle lo mismo que pidiendo su *reinado*.

Pues bien: si *jaun* significa *señor*, *jaundu* significará *señorear*, y *jauntza*, *señorio*, y *jauntzea*, el *señorio*.

Y si decimos *betořkigu zeure jauntzea*, diremos lo que los latinos con *adveniat regnum tuum*, y los castellanos con *vénganos el tu reino*.

Gran número de ideas habremos de desaprobamos si queremos defender las afirmaciones de Arana, que á nuestro juicio son bien defendibles en todos los terrenos. Vamos pasó á paso.

1.º) a). No dice precisamente el señor Arana que *eldu* pueda emplearse con *propiedad* en la acepción de *realizarse* ó *cumplirse* sin más ni más y por su propia virtud. Con *propiedad estricta* no sé que se use más que en las dos acepciones siguientes: la de *llegar*, *arribar* como cuando se dice «*eldu zate onaño*», y la de *madurar* como en la frase *sagarak eldu dira*. Mas como hay cosas, y entre ellas se

ha de contar el reino de Dios, que no pueden *llegarnos* sin que se *realicen* ó *cumplan* en nosotros, de ahí que *eldu* pueda significar y en consecuencia signifique también en las presentes circunstancias lo que los verbos *realizarse*, *cumplirse*.

Creo que con lo dicho tendrá bastante el señor Sagarmínaga para darse cuenta de lo que quiso decir y realmente dijo su adversario. Y entenderá asimismo como para expresar *realicese*, *cumplase en nosotros tu reino* no es menester decir *eldu bedi gugan zeuru ekeinua*, que es un verdadero barbarismo y no saberse desprender del innoble servilismo á la frase castellana como si esta hubiera de ser modelo incorregible de la nuestra, sino que es suficiente decir *belkigu*, cosa de tan grande evidencia, que máxime en la hipótesis en que él habla, no acierta uno el por qué aparente siquiera de su negación. Y conocerá al propio tiempo que aquello de que el *que llega* puede *llegar de tránsito* y *largarse enseguida* equivale á hablar por no callar y es verdaderamente *largarse* por la tangente. ¡Como si la significación del verbo *eldu* dijera algo de eso que se imagina el señor Sagarmínaga como lo dice la del verbo *etori*, ó como si tuviéramos un verbo que significara *llegar permaneciendo en el término de la llegada*, y otro *llegar largándose enseguida* á fin de dar preferencia al primero, cosa que en análogo caso tiene lugar en lo que anotó el señor Arana! En estas condiciones la naturaleza misma de la cosa que se pide determina suficientemente si la pedimos para que permanezca ó no en nosotros, como también si se prescinde de todo eso como impertinente á la finalidad de nuestra petición.

Tampoco el decir *betorkigu* con indicación del término del viaje excluye que lo *que viene á nosotros* todavía *no ha llegado*. Supongamos que unos padres escriben á su hijo diciéndole: *atorkigu seme ona eure biaten geyago zak-eta*. Reciben inmediata contestación por telégrafo de que llegará á las diez de la noche. Preguntados los padres por sus vecinos ¿*bai-yatorkixube semea?* prodrian responder perfectamente: *bai-yatorkigu ta gaurko amařetan elduko da*. En este ejemplo se ve claro que aunque se señale el término del *etori* no se despoja á este verbo de la idea de que aún puede *estar de camino sin haber llegado al término* la cosa ó persona que *viene* (datof). Por esto, como en el caso presente se quiere significar que el *reino de Dios* *llegue*, la propiedad de la frase pide á *eldu*.

b) A la queja del señor Sagarmínaga ya satisfizo el señor Arana en su escrito, diciendo: «Sé que *eldu* no goza, en el actual uso, de esta conjugación simple, pues en el euzkera corriente se dirá *eldu bekigu*; pero pertenécele con la misma propiedad que á *ibili* (andar) *joan* (ir) *egoki* (corresponder) *egon* (estar), etc., como lo demostraré en lugar oportuno, ya que es materia vasta para tratada en este breve trabajo. El no hallarse en uso dicha conjugación simple de *eldu*, no obsta á que se la apliquemos en este caso en que sólo debemos atender al mayor casticismo de la frase...» Esto sólo debiera haber sido suficiente al impugnador para dejar sin reparo alguno la conjugación simple atribuída á *eldu* ponderando por una parte lo fundadas que suelen ser las afirmaciones del Maestro y por otra la verosimilitud que á primera vista se nota en su opinión; reconociendo lealmente que procedió con buen acuerdo y sano criterio al no ponerse en este lugar á explicar la teoría de la conjugación euzkérica que, como él dice, es materia demasiado vasta para ser tratada de paso. Sin embargo, para que no se nos pueda echar en cara la misma imputación, infundada y todo, que se ha lanzado contra el insigne autor de la corrección, vamos á decir dos palabras sobre este punto de la conjugación sintética en lo que al presente nos importa. No sé que el señor Arana publicara trabajo alguno manifestando íntegramente su manera de pensar sobre este asunto. Entre los que han tratado de frente esta cuestión es digno de mención el P. Arriandiaga, el cual se inclina á conceder tal modo de conjugación á todos los verbos sin excepción. (Véase su teoría en EUKADI, 2.^a época, número 15). Para nuestro objetivo bastarán las siguientes reflexiones. No se podrá negar á *eldu* el derecho á la conjugación sintética por ser verbo intransitivo, porque hay muchos de esta clase que la gozan v gr. *ibili*, *juan*, *etoñi*, etc. Tampoco será por ser disílabo, puesto que hay muchos de esta clase, como *egon*, *juan*, *ixan*, *euki*, etc... ¿Será tal vez porque termina en *du*? Respondan *jafatu*, *ezagutu*. ¿Obstará por ventura el que comience por vocal? Lejos de obstar es una recomendación suya, ya que la mayoría de los que en el uso actual gozan del privilegio se hallan en idéntico caso. ¿Será porque no se halla medio de formar el núcleo verbal que suele formarse quitando al adjetivo verbal su primera y última letras ó también su primera y última sílabas? Para no hacer-

nos largos véase sobre este punto el artículo antes citado del Padre Arriandiaga. Con sólo esto y sin meternos en ulteriores indagaciones creo que queda suficientemente dilucidado el asunto por lo que ahora nos atañe.

Lo que añade el señor Sagarmínaga de estar destinada la corrección al uso del pueblo que no conjuga sintéticamente á *eldu* no es de mucho peso. No se vaya á creer que el señor Arana estuviera convencido de que el pueblo en su totalidad y sin ninguna explicación previa se daría exacta cuenta de su corrección. Mas también sabía que en gran parte tampoco percibía bien lo que decía aún en la oración que trae entre manos y que conservaba en no despreciable dosis el instinto euzkérico que obra maravillas en eso de entender lo que es genuinamente euzkérico, y además como no pecaba de utopista bien se hacía cargo de que los que quisieran aceptar su corrección primero procurarían informarse de la misma y oír las explicaciones convenientes que en todo caso las daba amplias y por cierto hermosísimas en la primera presentación de su versión.

2.º) a) Seguramente que el Señor de Bizkaya era tan Señor, con letra mayúscula y todo, como cualquiera que lo fuera en otros países en el mismo sentido, con los mismos derechos que él. Pero entonces tropezamos con una de esas descomunales verdades que suelen llamarse de Perogrullo. En cambio, si la afirmación es absoluta incluyendo en esa denominación á toda suerte de Señores y Reyes que han existido en la historia por más autócratas que hayan sido, es una aberración tan excepcional que no cabe en la cabeza de un vasko si no es mirando las cosas al través de cierta lente que la dejaremos sin nombrar por ahora.

Las afirmaciones histórico-jurídicas del señor Arana debieron excitar fuertemente los sentimientos políticos del señor Sagarmínaga á juzgar por el calor con que á ellas responde. Con todo échase de ver en la respuesta un fenómeno curioso, consistente en que á pesar de ser calificadas aquéllas por tan fuera del camino de la verdad que dan por resultado un disparate tan garrafal como el decir que «Bizkaya tuvo Señor que no era Señor», las acepta en la refutación que de ellas trata de hacer. En efecto: la suma de las doctrinas de Arana está en decir que el Señor de Bizkaya no era *Bizkai dun jauna* sino *Bizkaiko jauna* ó *Bizkaya'ren jauna* y en

esto también concuerda el señor Sagarmínaga. Pero este señor, por lo visto, debe entender las expresiones en un sentido muy diferente del señor Arana, al cual responde más bien *ad mentem* que en el discurso ó reflexiones que en su escrito vertiera. Muchos son los conceptos que en esta respuesta merecen nuestra desaprobación.

No se entiende primeramente qué nos quiso decir cuando distinguiendo el dicho de Arana de que «el Señor de Bizcaya no era jurídicamente dueño de la misma», escribe que no lo era en la *acepción absoluta*, como el Rey de Castilla tampoco lo era de esta nación. Esa *acepción absoluta* tan absoluta podría ser que trascendiera todo lo racional llegando hasta el orden divino por un lado, y hasta el *sit pro ratione voluntas* de los tiranos por otro. En este sentido le sobra razón al señor Sagarmínaga, pero si así entiende su distinción sencillamente se sale del tono. Es evidente que las palabras *dueño*, *señor*, están aquí restringidas al orden político, y en este orden dijo Arana, que *jurídicamente*, es decir, *de derecho*, no era dueño de Bizcaya su Señor, aunque alguna ó muchas veces lo hubiera sido *de hecho*, por abuso de fuerza mayor. De modo que, si no me engaño, quiso decir el señor Arana, y lo dijo con bastante claridad, que el Señor de Bizcaya no era poseedor de la *soberanía* de *Bizcaya* ni á la manera que lo es el Rey en una monarquía absoluta, ni tampoco como lo es en una monarquía templada, ni siquiera en el sentido de un monarca constitucional.

Si esta manera de ser jurídico ha convenido alguna vez ó si actualmente conviene ó no al Rey de Castilla, es cuestión que queremos dejar á la resolución del señor Sagarmínaga.

Otro punto que tampoco se entiende en la respuesta del señor Sagarmínaga, es lo que dice en las siguientes líneas: «Que era (el Señor) jurídicamente servidor suyo (de Bizcaya). . Verdad, pero verdad á medias; porque no sólo lo era *jurídicamente* sino también *políticamente* y de *todas las maneras*. O el señor Sagarmínaga no sabe lo que se dice ó no alcanzó el significado del adverbio *jurídicamente*.

Contraponer *políticamente* á *jurídicamente* no admite explicación á no ser que no se tenga por *jurídico* el orden *político*. En tal caso ¿en qué orden lo coloca el señor Sagarmínaga? Hasta ahora habíamos estado en la creencia de que el *orden jurídico* abrazaba todo

el conjunto de las *relaciones de derecho*, sea *individual* sea *social*, sea *religioso*, sea *civil*, y también entendíamos que en el último grupo apuntado se contenía el *orden político*.

De aquí también se sigue lo ininteligible de la expresión «el Señor era servidor de Bizcaya de todas maneras». ¿De hecho también y siempre sin que jamás en ningún momento histórico hubiera traspasado los límites del derecho? Sería cosa no vista en la historia de la humanidad y digna en alto grado de que se encontrase registrada y enaltecida en todas las historias conducta tan ejemplar. Mas ni siquiera cabe calificar de ese modo la *servidumbre del Señor* dentro aún del mismo derecho, porque es de todo punto imposible que le puedan corresponder toda suerte de obligaciones jurídicas, lo cual sería preciso para la verdad de la afirmación.

Lo más lastimoso es que confunda conceptos tan distintos como lo son los que maneja. Que los reyes deban usar de su poder en bien de la patria, y que en ese sentido son sus servidores, muy bien; mas que no puedan una persona ó varias ser *políticamente señores* ó *dueños* de una patria, grande error que nunca ha enseñado la Iglesia. Ni dice Arana que sólo en Bizcaya tuvo lugar el primer modo de servidumbre, sino solamente da á entender que Bizcaya no la tenía la que supondría el señorío en el segundo de los sentidos indicados. Y á la verdad ¿qué se necesita para ser políticamente dueño de una nación? No más que poseer el poder político de la misma. Si una persona ó varias tienen el poder legislativo que es el fundamental y el que á sí subordina el judicial y ejecutivo, entonces no hay duda de que jurídicamente, es decir, jurídico-políticamente, pueden titularse con toda verdad dueños de aquella nación, y si carecen de esa facultad legislativa no les puede cuadrar ese apelativo con propiedad. Ahora el señor Sagarminaga dirá si el Señor de Bizcaya tuvo en ella igual facultad legislativa que el Rey de Castilla en esta nación. Si se atreve á afirmarlo «*sit ipsi terra levis*».

No sé qué idea tendrá entonces formada de las grandes libertades bizkainas. ¿Las considerará tal vez como limosnas hechas á la desventurada Bizcaya por todos sus Señores desde el primero al último? Y aquellas famosas asambleas, modelos de democracia bien entendida, que se celebraban bajo el venerando árbol de

Gernika ¿qué atribuciones poseían? Por estas indicaciones entenderá si se pudo llamar al Rey de España *España' dun e'gea*, aunque no se pudiese decir del Señor de Bizcaya *Bizkaidun jauna*.

Entre tanto, á fin de no alargarnos demasiado, le aconsejamos la lectura de las contundentes páginas del opúsculo «Las confirmaciones y el pase foral» por Kondaño.

b) Examinemos ya la respuesta del señor Sagarmínaga en lo concerniente á la parte lingüística.

Niega primeramente este señor que *al* signifique *dominio* y mucho menos *reino* ó *reinado*. Con todo no es difícil probar lo contrario. Pongamos ejemplos que no se puedan recusar, *Jaungoikuak gu ezerestuteko almena dauko*=Dios tiene poder (físico) para aniquilarnos; *Jaungoikuak ori ta geyago be agintzeko almena dauko*=Dios tiene poder (moral) para mandar eso y aún más; *Jaungoikuaren albian baño ezin gindekez bixi*=no podríamos vivir fuera del poder (físico) de Dios; *Jaungoikuaren albian bixi bial gara zoruna irabazteko*=es menester que vivamos bajo el *poder* (moral) dominio, señorío de Dios para lograr la felicidad. Creo que no me tachará de incorrecto el señor Sagarmínaga si digo: *eti e'gedunak e'ge albian bixi biala dauko*=el pueblo monárquico ha de vivir bajo el señorío, el dominio del Rey.

Por estos ejemplos que sería muy fácil multiplirar, se ve claro que á *al* le corresponde la significación que le asigna el señor Arana. El mismo *agindu* es evidente muestra de que á *al* le pertenece el significado de poder moral, dominio, etc., si es buena la etimología que propone el señor Sagarmínaga.

Más aún: ese *al* es probablemente el elemento primordial que se oculta en la palabra *jaun* como en otra parte indicamos. Por tanto, lo que el señor Sagarmínaga trata de resolver por un derivado con sufijación de elementos gramaticales, Arana con más profundidad y mejor acuerdo lo encontró resuelto en la misma raíz del vocablo.

Pero se dirá: por el hecho mismo de significar *al* poder de orden físico y de orden moral, no es propio para expresar *reino*, que más bien es de orden moral que de orden físico, y no es un poder moral cualquiera, sino poderío ejercitado de una manera especial. A esto respondemos que el significar *al poder* del orden físico y del orden moral, no sólo le perjudica para nuestro intento, antes

bien le favorece. El reino de Dios tiene su *parte física* y su *parte moral*, ambas inseparablemente unidas. Así como el reino subjetivo (*almen*) consiste en la facultad ó derecho de reinar y en la fuerza ó poder físico para realizar ese derecho, así el reino objetivo (*al*) consiste en que ese derecho sea un hecho en la criatura mediante su voluntaria sumisión al mismo realizada con el auxilio de Dios. Por donde desear que *venga* el reino de Dios es desear que todos reconozcan su derecho á *dominar, señorear, reinar* en todos y que con virtud de ese reconocimiento se pongan incondicionalmente bajo su señorío ejecutando con su gracia los deberes que les impone el derecho divino. Pero ¿cómo salvar el inconveniente de la demasiada generalidad que parece convenir á *al*? Hay dos contestaciones buenas á este reparo: 1.^a) *al* ha sido usado para significar *señorio* que pudo ser igual al *reinado*, por tanto, lo que el señor Sagarmínaga busca mediante *jaun* derivado de *al* existe ya en este vocablo que da su significado á *jaun*; 2.^a) y mejor es, que el *poder* expresado por *al*, por lo mismo que no es restringido, abarca toda suerte de *poder*, cuya determinación depende de las circunstancias que le acompañan en la frase. En la oración dominical las circunstancias exigen evidentemente la mayor amplitud posible de *poder* en extensión é intensidad. Ese es de consiguiente el significado de *al* en el caso concreto. Estudiado esto, se comprende cómo esa vaguedad atribuída á *al* es más aparente que real, ya que con *reino* no se quiere dar á entender en la oración dominical el *dominio* propio de los reyes, pues esta suerte de *dominio* necesariamente es muy limitado y no abraza todos los órdenes de dominio racional, sino que se quiere significar el que corresponde á Dios, es decir, universal en la acepción más amplia y más intensa que se pueda dar á esta palabra universal.

La parte positiva de la corrección del señor Sagarmínaga, á nuestro parecer, contiene notables errores. La etimología de *agin* (mandato) no es *al+gin* (hacedor, ejercitador del poder), porque el *mandato* no es tal hacedor ni ejercitador. Juzgamos que la etimología verdadera de *agin* (mandato) es *al+in*, significando *determinación del poder*, significado que cuadra bien el mandato. Conocidos son el determinante *in* tan usual en las voces euzkéricas y la permutación de *l* en *g* que son los datos precisos para darse cuenta de la etimología propuesta.

Suponiendo que *agin* se deriva de *al + gin* (el ejercitador del poder), *algindu* ó *agindu* no significaría *mandar*, sino *hacer* ó *convertir á uno en mandante, jefe*. De consiguiente, no sirve *agintzea* para expresar *reino*, porque si seguimos el hilo del discurso del señor Sagarminaga no puede significar sino el *acto de hacer á uno mandador*, lo que nada tiene que ver con el *reino*, y si seguimos los dictados de la verdad, como es racional que los queramos seguir, *agintzea* no es otra cosa que *el acto de mandar*.

De *jaundu* y *jauntzea* hay que decir lo mismo que hemos dicho de *agindu* y *agintzea*, dentro por supuesto de la significación que les corresponde. El señor Sagarminaga debe creer que para obtener un verbo cualquiera basta sufijar á cualquier vocablo el *tu*. Creencia es esta que le lleva á escribir «*betokigu zeure jauntzea*», que equivale á decir *vénganos el haceros Señor*, que no significa «*vénganos tu reino*» ni cosa que se parezca, ni nada.

No quiero terminar este artículo sin hacer antes una observación desfavorable á la corrección del señor Arana del propio modo que á la del señor Sagarminaga y á la usual. Me refiero al uso del pronombre personal *nosotros* en esta parte del *Pater-Noster*. Me hubiera gustado más que el señor Arana en lugar de decir «*zeure ala belkigu* hubiera dicho *zeure ala bel*. De esta suerte se hubiera alejado más, es verdad, de las versiones en las lenguas vulgares, pero este alejamiento hubiera sido en provecho de la aproximación á los modelos hebreo, griego y latín que prescinden de ese pronombre, y dicen: *tabo malkuteka; elseto e basileia son; adveniat regnum tuum*. Así hay también más armonía entre la primera y segunda parte de la oración del *Pater-Noster*, en la primera *nunca nos*, en la segunda *siempre*. Y no se crea que es puramente material esta diferencia. No andaría muy equivocado quien quisiera ver en eso hasta alguna diferencia ideológica, por cuanto en la primera el cristiano, hijo de Dios, como olvidado de sí mismo y fijo tan sólo en Dios, desea que sea santificado su nombre, que venga, se realice su reino, que se cumpla su voluntad en la tierra como se cumple en el cielo. No precisa en sí, sino en Dios únicamente á quien como á Padre y Rey le desea que reine sin adversario y absolutamente en reino pacífico obtenida la victoria de todos los enemigos. Esto parece también más conforme con la opinión de Arana sobre la primera parte de la oración dominical

cuyos miembros más bien los considera como expansiones de amor filial en honor y gloria de su Padre, que peticiones propiamente dichas. Quede hecha esta anotación no para tachar de defectuosa la versión, sino para indicar nuestra preferencia, ya que en realidad de verdad los sujetos para quienes se desea *llegue* el reino de Dios somos *nosotros*, es decir, todos los prójimos, que es lo que significa *zeure ala belkigu* de la corrección de Arana.

Áratia eta Agaré'ta' Jon Mikail.

EL ALCALDE DE TANGORA

XVII

El terror

¡La noche triste!

El Alcalde de Tangora no pudo «agarrar el sueño á la primera», como solía, no.

Todo cuanto estaba abotagado en su espíritu ó inerte, todo el hielo que sobre su fe aglomeraran largos años vividos entre gentualla y codicias, todo cuanto en él había de tratante en negros, de cazador de indios y de acreedor infalible, todas cuantas durezas habían ido encostrando en su alma los golpes del fiero pelear por el logro de la riqueza, ¡todo, como puñado de oro en bocanada de lava, se volatilizó á la luz fatídica de la visión!

Con el alma en carne viva para el terror se revolvía el cuitado en el mullido lecho lo mismo que cuando de mozo, antes de embarcarse para América en la barca *Laureana*, hacía crugir el lastamañagi en el hogar paterno, después de oído un relato de difuntos aparecidos, pero ¡ay! que ahora le atenaceaba el corazón lo que nunca, ni aun con el gemebundo penetrar del viento por hendijas y resquicios en el caserío de Ufuntidi...

Y cuando rendido á la fatiga de devanar sus cavilaciones iba adormeciéndose en el olvido, tornaba á entrar como de un salto en conciencia de sí y se sentía con horror perdido para siempre por el «ya se hisó» de la paz de su espíritu, derretida por los rayos de aquellos ojos asestados implacables en él.

Tomóle al cabo un sueño intranquilo, y al despertar por la mañana, con la luz del día que le entraba por los ojos, se le entró por el alma, aquietándola, el consuelo de pensar: «¿Si habrá sido todo aprensiones sin sustancia? ¿Ya estoy yo seguro de haber visto algo?»

Disimuladamente miró á su mujer ansioso de saberla con un sosiego que él no tenía, y halló en la faz de doña Claudis la de una esfinge que irradiaba preguntas.

Ni media se atrevió á enderezarla el desventurado. Se malvistió y lavoteó á trompicones y continuó después dando vueltas y trasteando sin designio ya por la alcoba, mientras la alcaldesa, vestida no más que de blaco, se aderezaba despaciosamente ante el espejo, ausente el espíritu de lo que obraban las manos, guiadas sólo por un hábito de parsimonia y tino en tan delicadas operaciones, contraído ¡ay! por las necesidades de los tiempos que corrían.

—Lo de Billirín—balbuceó doña Claudis, entre dientes, para que no le escapara una cinta que con ellos sujetaba—lo de Billirín ¿no habrá dicho igual él enfadao á cuenta de lo que ha anchao por ahí ese miquitrefe de Bibi Makalartu?

—¿Enfadao?... ¿Enfadao aquél por lerdadas de Bibi arriba abajo?—exclamó el Alcalde gozándose en lanzarse por aquella salida —¡Cal! Aquel enfadao por lo que está por los votos de Bibi que no le dea pa él; por eso está enfadao aquél—y complaciéndose en intentar con el cauterio de su orgullo magullado treguas á la otra negrura que más le atormentaba y gozoso al creer olvidada de ella á su mujer, rugía revolviendo el hierro candente en la llaga:

—¿Cres que no sabe, pues, aquél, con lo que él es, algo verdá si hubiá barruntao en lo de Bibi, andar listo él y hablar á nosotros en séguida y más favor suyo sabiendo que estamos? ¿Algo pormal ya le ha dicho tapoco alguna ves á la chica ó qué? Pirriti parrata, habladurías pa holgar, holgar por holgar na más, holgar. ¡Burla, burla grande con nosotros es lo que está hasiendo aquél; burla con todo lo que tú has hablao en el pueblo, burla con todo lo que habrá anchao para ahura Lucas y, Presentatxu y...

—Pues yo... qué quieres; no le tomó á eso...—balbuceó doña Claudis sin embravecerse, como fuera de esperar.

Sintió el Alcalde, sin advertirla precisamente, la señal esta del caimiento de ánimo de su mujer, y principió también á desmayar.

—No, pues, no le tomo yo como dices tú. Chicas como Consuelito la nuestra ¿á patadas están ó qué? Guapa como la primera ¡no dirás que no! Luego, tú también en disiendo Billirín y, Villar de Lenda, y ¡en seguida te *inflantas!*... ¡Otras cosas también hay que mirar! En este mundo... ¿Cuartos más que ella ya sabes si tendrá él? El chico entuavía no se le ha fallado, y los chicos hoy mirri... mañana ¡pirril igual. Y aunque se le fallezca: la difunta ya sabemos algún testamento si dejó si no dejó? Y ¿cuánto pues? ¡Tanto tanto como se aumenta ya sabemos si hay ó qué? El padre con la taberna... con taberna ya sabemos todos lo que se puede haser ¡agua tirarle al vino! Mucha agua como no haiga también que tirarle á este vino de los cuartos de este... ¡Hola! no sabemos entuavía quién ó quién está para haser burlas aquí. Las habladurías... habladurías na más no son. A él la chica ya le gusta: ella, planta lo que es... planta ya puede echar ande eche la más espetosa; cuartos también... ya se sabe que tenemos ¡y más aunque sea que tenemos, por qué no van á crer? De otros ¿no sabemos ó qué, el disir de la gente, más que lo que tienen que tienen? El en esta conformidá estando, algo si tiene de oidas que si Ant... bueno, que los chicos del pueblo, cómo suele hablar con algunos...

—¡Eh... pobretrones!...

—Bueno, pajaritos ó, músicas, pero... la gente hablando les veía; con Bibi lo mismo, y Bibi mucha fantasía y hablar él además. Y Camillo, cualquier cosa si ha oido, antes de comprometer aquél ¡ya tendría de particular que nos dijera á nosotros pa ver si desíamos nosotros algo á la chica... ó á él cómo la chica no piensa en semejante cosa tapoco? Y aquél ¡claro! ginio no tiene pa desir esas cosas á rastas, y así, pues... ¡vamos! como que está enfadado ¡hop, ahí va! ¡ya que le dejáis á la chica que ande hablando con Bibi, que se casen, pues!

—Pues él cuando dijo eso... tú á lo primero... ni acuerdo no tuviste de desir lo que dices ahura.

—Verdá es, á lo primero no, pero... pensando, pensando... ¿quién sabe...?

Llegó á don Tomás á lo hondo lo que su mujer apuntaba y deleitosamente le halagó porque con ello se sentía ir al alivio de su horrendo mal, no ya con un remedio heroico poco menos malo que él, sino con el aclararse el cielo de sus esperanzas, tanto más

preciadas ahora cuanto que las dió por fallidas ¡y fallidas con burla... y burla de laibafes!

—Pensando... pensando, dises... ¿qué has pensao tú, pues?

—¿Qué voy á pensar, pues, hombre de Dios? Consolito la nuestra buena novia que está ¡pa cualquiera! Y pa él ¿por qué no?

—Verdá puede ser... verdá es...—rumiaba el Alcalde de Tangora, sobándose el carrascal que tenía por bigotes.

¡Oh, si él, Afanbota, llegara á ser casi un Villar de Lenda y entrar poco menos que como en su casa en aquellas de Laibar, de tanto señorío y más riqueza todavía que el palacio de Lizaranzu; en aquellas casas en que solía él sentirse arrobado y suspenso, con aquel olor «que paresía que tiraban las paredes desde la portada», al entrar por ella con las narices infladas y la boca y los ojos muy abiertos para no desperdiciar nada! ¡Allí, allí y con aquellas gentes, hasta con fuerzas se sentiría para arrostrarlo *todo*; allí había él oído hablar algo de *todas esas cosas* como en América, pero «más fino»; allí fuera él estupendo de veras y no volvería más, como había vuelto en la pasada noche, á ser el pobre mutil que con los antebrazos colgando del akulu en cruz con la nuca, iba delante de las vacas, conduciendo el carro chirriante por la estrada de Ufuntidi...!

Desayunó con poco y engullido sin gana, y se echó á la calle. Por salir, se encontró con el Cabo, quien no muy valiente de voz, le dijo que «no había novedá». Se encrespó el Alcalde sólo de cejo, y sin decir palabra, antes bien, apretando los labios y quijadas, soltó un bufido por las narices, y con paso aplastante, tomó el camino del Consistorio.

Una buena pieza de la mañana se pasó en él, poco más que para nada. Llegaron allá, uno después de otro, dos de los alguaciles, y los dos con lo mismo: que «no había novedá». Con ello, ó mejor dicho, sin ello, salió el Alcalde bastante amarrido y lación, y tomó la vuelta de la Atalaya.

¡No se sabía nada de Alduain!

Meditaba en ello según iba andando y el espíritu principiaba á levantársele al fuego de la contrariedad que le abrasaba. Antes de abocar á la plaza oyó ya el agrio vocerrar de la limaquería arremolinada á la puerta del Casino. Difícil era saber qué se guiaba allí, pues como si la lumbre á que se cocía el guisado, antes

que de buenos leños fuera de tamaras mojadas y nudosas, todo se volvía chasquidos, chisporroteo y humareda.

—¿Tanta inflansia no tenían, pues, que si Billirín y... ¿No de-sían Claudis que ya le tenía agarrao por la narís...

—¡Y el *férocarril* por abajo, Billirín que quiere...

—¡Por abajo, á él sí, le debíamos tirar guardabajo... ¡Lástima...!

—¿Aquí todos ¡ah! pa lo que *quiera* Billirín no estamos todos ó qué?

—¡Y a pues á verr e, que le casen Consolito con Makañaftu, Billirín manda y...!

Enmudecieron de súbito los chilladores al ver al Alcalde, desvaneciéndose algunos por la puerta del Casino adentro; á puertas y ventanas asomaron curiosas las cabezas de los vecinos al repentino silencio, y agujereándolo como un toque de cornetín se dilató entonces una vocecilla que vibraba.

—¡Ahi va Billirín... cógile al pin pin!

Se ocultaban los que querían reirse á sus anchas, mientras don Tomás cruzaba la plaza fulminando ferocidades con la mirada á los que permanecían impávidos. Cierta que el Alcalde estaba feroz, pero de mirada tan sólo. Nada de arremeter, rápido como el rayo, á atajar los desmanes contra su repompe y errunflansia, sino que parecía aguardar á que le chillaran de nuevo para con-tender con los chilladores, á los que parecía querer hallar entre los circunstantes. Aguantaban éstos las miradas del Alcalde entre impasibles y asombrados de sí mismos y de él por no darse clara cuenta de que no llameaban en los ojos de don Tomás sentencias de muerte, sino sólo ganas de pelea perdurable.

Sí, esto era lo que buscaba el gigante, sin advertirse precisa-mente de ello: debate y machaqueo, oír y vomitar atrocidades que le aturdieran, distrayéndole de lo otro, y meditando y mascullán-dolas, se fué á casa y salió de ella á la tarde camino de «La Fra-ternidad Tangoreña», donde esperaba caer sobre Laka-Ganboa á desvergüenza seca que le pusieran las orejas como tomates por hablador, cotorrón, memelo, bocota...

Pero ni halló en el casino al espeso limaco, ni después á la puerta de su casa quisieron dar razón de él ni de nada. Iba don Tomás con ello que le hervían en espuma los bigotes, cuando al pasar junto á un corrillo en el que estaba Aspiunza medio atorto-

lado con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza cayéndose de los hombros por el pecho abajo, oyó el Alcalde que el farmacéutico, vuelto de espaldas á él, decía:

—Sí, andando entre la gente y de día, fácil es reirse ¡pero el que se ha encontrado de noche con el espectro del difunto!...

Restalló Añanbota de los pies á la cabeza y se espelurció al oír lo de «espectro», que por lo mismo que no sabía lo que era, le sonó á cosa tenebrosísima y horripilante. Consiguió sin embargo sostenerse de pie y siguió adelante acribillado por la espalda con las miradas que le flechaba Aspiunza.

Y peor fué según avanzaba la tarde. Veía corrillos en que se gesticulaba mucho; al llegar él cesaban gesticulaciones y cuchicheos; con más ó menos disimulo se le apartaban las gentes y en las miradas que le echaban creía ver lucir claro, no burlas ni regocijo de maliciosa satisfacción por lo que hubiera contado Laka-Ganboa, sino horror ¡el horror de lo otro!

Con los ánimos de pelea y debate abatidos y maltrechos, huyendo toda compañía de limacos y de porsebes y sin trabar conversación ni siquiera con los alguaciles que en dos ocasiones se le acercaron para repetirle que «no había novedá», anduvo de un lado para otro, errante á la ventura, olvidado de todo temor de lo que la gente pudiera decir ó pensar de él, deshecha la arrogancia de su talante, hosco y cada vez más desabrido según que con el caer del sol se avecinaba la noche.

Y sucedió que las de Mollanes habían ido aquella tarde de paseo camino de Aitzafe en compañía de otros veraneantes, entre ellos la señorita Josefa Granohales, Pepiya Granojale, como á sí misma se llamaba la interesada, casi andaluza, (esto de casi no lo decía ella) menudita, morena, «una chiquiya ma salá que laj pe-seta», según opinaba Estopillo padre, en los ratos que le dejaba libre la admiración de los chistes psicológicos del Estopillo chico. Y á toda aquella buena gente se les derretían de gusto las eses finales de las palabras al hablar de la niña que les tenía sorbió er sentío, como que susurraban que se bailaba las sevillanas ¡vamo que era cosa de resusitá á un muerto!

Esto nadie lo había visto; no ya lo del resucitar, por supuesto, pero ni siquiera las sevillanas. A lo más que se llegó fué á que una noche en el salón de la fonda, con poca gente y Estopillo sen-

tado al piano, á fuerza de súplicas se levantó al fin la portentosa niña, se plantó con los pies en escuadra y la cara muy seria, dió dos brazadas en el aire ¡Olé ya! ¡Venga de ahí! se quedó mirando fosca á Estopillo que preludiaba las sevillanas:

—¿Pero ete tío e gayego? ¡vaya una senserrá...! ¡Esaborío!

Dijo, fuese y no hubo más.

Quien se creía con mejor derecho de paisanaje y semejanza con la cuasi andaluza era Margarita Mollanes: primero, porque su padrino de pila era andaluz, y segundo, por haber pasado algunas temporadas en la Tierra e María Santísima unos veintitantos días en junto, con todo lo cual «¡na, que se le había pegao un poquirritiyo el asiento e la tierra!»

Y según venían la vuelta de Tangora jaleadas por los acompañantes la niña de Granojale y la de Moyane habían entablado una á modo de competencia de versolaris á petenera limpia, con la sana intención de todos ellos de que cayeran muertos de ictericia fulminante cuantos esaboríos vizcaínos vieran la alegría y sal y garabato que se traían las retrecheras niñas.

Habían éstas gorgoriteado sobre motivos de «Los celos de tu querer», «á la puerta e la trena», «mala puñalá te den», «er padre tengo en presidio, la madre en er camposanto» y otros tan alegres y divertidos, cuando dieron con un grupo de limacos y el Alcalde. Callaron las cantaoras y, como si ello hubiese sido por temor, el Mollanes padre, ganoso de lucir todo su aplomo contencioso-administrativo, gritó á la señorita de Granohales:

—¡Anda, niña, arráncate ya!

Como movida de súbita inspiración cantó la señorita:

—Señor Arcarde Mayor—no prenda usted á lo ladrone—que tiene usted una hija—¡niña e mi corasón!—que roba lo corasone.

Turulato quedó don Tomás y receloso de que la flor ó lo que á tal le sonaba no ocultara «adrento alguna burla ó así», mientras señoras y caballeros celebraban la oportunidad de la canción con la benevolencia de quien condesciende á fraternizar con inferiores.

Picado el amor propio de la de Mollanes quiso atizarles un á modo de latigazo shakespeariano para volverles á donde antes estaban y soltó el chorrete de su voz á semejantes razones:

—Manque tu padre me mate—y m'eché en la sepultura—me

levantaré á buscarle—¡niña e mi corasón!—me levantaré á buscarle—y pagará toas juntas.

Entonces fué el Alcalde quien se arrancó. Se arrancó como sacudido por un terremoto.

—Poco castiza—decía Estopillo.

—Apócrifa y violenta—asintió cortésmente don Carlos Aguilera, precisamente cuando don Tomás pasó junto á ellos. Y con la canción, remachada con las últimas palabras oídas que le sonaron á «hipógrifo violento» que una vez había oído á don Edmundo y pretendido que le quedaran en la memoria sin bien conseguirlo ni saber lo que significaban, se le hizo al Alcalde un rejón candente que le achicharraba la asadura.

Pues todavía al pasar junto á un bulto que parecía Prantzesco Atxirika oyó decir:

—Agora precisamente es cuando s'empresipia á haber cuidado, esos á la noche se suelen apareser, y ¡Qué! ¿Que no?... Pues alguno sí ¡sin querer tamén ya le verá!

Cuando doña Claudis vió entrar en casa á su marido se quedó aturdida. Jamás le había visto tan espantado de ojos, tan abatido de frente ni tan lacio de papada.

Después, ni aquello fué cenar, ni decir nada con sentido ni escuchar con atención.

Quedaron al fin solos entrambos cónyuges para retirarse ya, cuando de pronto:

—¡Ene!—saltó doña Claudis manoteándose la cintura—¡E reló me falta!

El peligro de un objeto de valor, como un espolazo, sacó de la hondura en que yacía al espíritu de don Tomás encendiendo chispas en sus ojos.

—Cuando vinimos de Laibar última ves, en el armario dejaste yo mismo te vi; desde etonses no te has puesto: allí estará.

—No; una llave nueva pa probar... á ver si le andaba la cuerda hoy he sacao... ¡Ya se ande está! En la sestita de la labor he dejao... En la buerta... ¡En el senador! (¡El cenador era el txorito-ki desde donde habían visto...)

—Por un por si acaso allí no se puede dejar... Voy en busca—añadió ella balbuciente y se levantó... pero no dió un paso.

—¡Yo!—aulló el Alcalde y dió dos zancadas, y un paso más

corto, pero el cuarto, que era el de echarse á la huerta, ¡ya no le dió!

Marido y mujer se miraron consternados. Perleaban sus frentes. La congoja avivaba la mano y en ella el abanico de doña Claudis en aleteo vertiginoso. Don Tomás, falto de la arraigada costumbre, no se hacía aire. No era calor lo que le acongojaba: sudaba frío.

¡Sudaba trágico!

XVIII

Sucesos graves

Al día siguiente debía celebrar sesión el Ayuntamiento y, como siempre en tales días, aguardaban al Alcalde desde muy temprano en el Consistorio, pero don Tomás no aportó por allí. A eso de las ocho y media de la mañana fué á su casa Cerúleo el juez municipal y cuasi secretario del Municipio. Al cabo de mucho repicar la campanilla, acudió Pedro Juan á la puerta de la verja, y sin abrirla, platicaron ambos de largo y por lo vivo. Se arrimaron un alguacil y después otro por la calle y doña Claudis por el jardín. No eran de pascua las caras de todos ellos, pero peores se las ponían algunos transeuntes que principiaban á detenerse, y peores que las caras eran los comentarios que dichos primero por lo bajo comenzaron después á redondearse en voz alta y aun á gritos. Con una rabotada se largó á casa doña Claudis y Pedro Juan tras ella. Juez y alguaciles echaron á la calle abajo haciendo que no oían y á buen andar por si acaso.

Porque sucedía que ¡nada! de Antonio Alduain no se sabía una palabra. Horrorizada había quedado la gente posebe á raíz de los palos consabidos repicados en el café de Fabordón y el subsiguiente ignorarse el paradero del joven; pero sin ver que el señor de Lizaranzu ni nadie de los suyos se agitaba ni hacía ahincadamente cosa alguna por averiguarlo, falto, en fin, el porsebaje de la opinión y hasta de la presencia de la «gente particular» en los sitios acostumbrados de comentarios y palabreo, se había estado por de pronto achantado y á la espera de los acontecimientos.

Pero con el correr de los días y ¡nada! con los recados electorales que como á la deshilada y con sordina sí, pero en realidad

con pompa de desafío á los manejos de don Tomás, principiaban á traer y llevar Bafaikoa, Perico Bustintza, Palangres, Prantzesco Atxirika y otros personajes por el estilo; con los cuchicheos que dieron en insinuarse de si se había aparecido al Alcalde «l'ánima de Antonio Alduain... s'emprensió como un borbor grande á ancharse otra vez por todo Tangora».

No contribuyó poco á ir entonándolo más y más el irse sabiendo «cómo estaba puesto ¡hasta en feriódicos de Laibar! aquello, pues *¿Qué pasa en Tangora?*» que, como se ha dicho, no era sino el historial de todas cuantas atrocidades corrían aquellos días por todo el pueblo, pero en términos ahora temerosos y silbilinos por ininteligibles y estar en letras de molde. Así, por ejemplo, tronaba Trijuliz en el papel contra el atropello inaguantable de tenersele á «Bibiano Makalaftu tantos días privado de libertad», y como allí no se entendía que nadie pudiera estar «privao» más que por borrachera ó á palos, se daba á Makalaftu por convertido ya en morokil á pura paliza; hablaba del «atentado nocturno» al café de Fabordón y de la «desaparición de Antonio Alduain», y como á los comentadores lo mismo les sonaba desaparición que aparición, y no sabían de más nocturno que del que se canta en los «intierros» veían «la pantasma del difunto» más clara que la luz del mediodía; no hay que decir si echaban á lo tremento todos aquellos párrafos del bodrio cuyo sentido les estaba cerrado con siete llaves, y todo cuanto se les clareaba de las reticencias sobre «la buerta de Miguel Urkidi que no le quería vender á don Lucas, de lo que andaba don Tomás á cuenta de los votos pa las elecciones, de la multa de cincuenta riales» y otras al símil, era sal y pimienta que les hacía carraspear.

Por tales alturas los ánimos, aquella mañana, «más pronto que tximista se anchó por todo Tangora que el Alcalde como un serdo empermo, con perdón, estaba, igual, sin meniar tan siquiera ni pa sacar los morros tapoco afuera de la txafikorta», y claro es que mucho menos estaba para dar la cara y responder de sus actos (y muchísimo menos aún para echar fieros y arrogancias al frente de sus alguaciles y parciales).

La marejada debió de principiar en el puerto y hacia la fábrica de Makalaftu. Palangres, Gafastaka y otros borbotaban por lo bajo. De repente con acento enérgico:

—¿Zeñ dator nigaz?

—¡Neu!—¡eta neu!—¡eta neu...!

—¿Zeu bay?

—¡Baietz diñot!

Escupiéndose y restregándose las manos:

—Goazan ¡ala!

Idem y afirmándose la boina de un restregón:

—¡Tira ba!

Y echaron á la calle arriba y á buen andar, en silencio los que iban delante, preguntando los que se agregaban y respondiendo los ya agregados; creciendo el acompañamiento hasta con mujeres y chiquillos y con ello yendo á más el clamoreo y con él el abrirse de ventanas y los gritos desde ellas á la calle y desde la calle á todas partes.

Llegaron los primeros al Consistorio y, sin vacilar ni detenerse, penetraron en el portal y se dirigieron á una entrada que había á la izquierda por donde un corredor conducía á un par de aposentos que hacían allí el oficio de cárcel ó lo que fuere. No hallaron ni un alguacil, pero sí á Alcalivolátil. Sin palos á la vista los que venían y seguro Gallardo de que no había entre ellos ni pizca de navaja ni cosa que lo valiera, osó imponerles su autoridad y detenerles plantificándose en la entrada y midiéndoles con los ojos.

—¿A dónde, Recajo, vais?

Gallardeo perdido. No les hizo más estorbo que un pingo colgado á secar. Entraron por el corredor, y al ir á poner mano Gafastaka en el cerrojo de la puerta de uno de los consabidos aposentos, quiso impedirselo Cerúleo, que se avalanzó juntamente con el auténtico Secretario de la casa. Gritó el último:

—¡Oyes! ¡Mira lo que te haces! El Código Penal en su artículo...

«¡Oñé Gafastaka! en cuanto les vió, así na más no hiso, tirar p'atrás la surda como pa restar una arrimada y ¡ayba los otros... ni ver tapoco ande se metieron ni barruntar más d'ellos en todo el día, nol!»

Entraron en la habitación, entre manotadas, gritos y aspavientos se apoderaron de Makalartu ¡y á la calle con él! Y entonces precisamente fué cuando le pareció oportuno á don Pantaleón

de Tofondona ponerse al frente del tumulto, abrazar á Bibiano y gritar:

—¡Alante! ¡En manifestación á la Atalaya! ¡Que vea el pueblo soberano al preso á quien *hemos* arrancao con *nuestro* esfuerso de la negra ergástula de la tiranía! ¡Viva la libertaaa...! ¡Ala, ala! ¡Ala p'allá todos! ¡Véngais todos!

Y echando un brazo á los hombros del libertado, le llevó para la Atalaya y á los libertadores con él y detrás á todo el acompañamiento.

Iba Makalaftu erguido y sonriente al asomarse de cabezas á verle pasar, al clamoreo de la gente y hasta al ladrar de los perros, pero en señal de energía y de reverencia á la grandeza de la ocasión ¡nada de ricito en la frente! sino bien calada la boina que, tirando de las cejas hacia arriba, escribía con ellas en la cara una interrogación: «¿Es de admirar en mí que vaya tan templao?»

En la Atalaya se remansó la comitiva. Toda la limacada puesta como en sarta de pechos al tablero de «La Fraternidad Tangoreña», miraba con los ojos muy abiertos sin saber contra quien principiar á rutar, cuando Tofondona, subiéndose á un banco y agitando en el aire el sombrero todo lo en alto á que alcanzaba con el brazo extendido, grito:

—¡Viva la toma de la Bastilla!

E inmediatamente saltó como una rana que se zambulle en el charco y desapareció entre la gente, no, de seguro, por temor á un alguacil, á quien columbró á lo lejos, sino por ignorar que el de autoridad corría al Consistorio con la orden de poner en libertad á Makalaftu.

Con el hervor que había allí ¡claro! ¿qué había de ocurrirle á Estopillo? ¡Lo que le ocurría! Que nadie le hacía caso. Andaba toda la familia que echaba chiribitas desde aquello de confundir Manuelita Gufundegi la caye e Cantarranas de Vayadolid con la caye el Pez de Madrid ¡y que para oir burradas de este trapío hay que venirse á las Provincias! y al fin el Estopillo chico había dado con el chiste vengador.

—Nada, que estaba ayí esta mañana la chacha aqueya palurda de casa e Gufundegi y pregunta, dice: «¿Qué es provinsia, pues?» y salta Marianito, dice: «¿Provincia? Provincia es el no yo de Madrid». ¡Ji, ji, ji!

Pero nada, no le secundaba nadie. A Estopillo le cegaba el cariño paternal; bueno sería el chiste y hasta filosófico además, pero no tanto como para reído en aquellos momentos, y no se lo rió ni siquiera el cortés y sufrido don Carlos Aguilera y eso que Estopillo se lo subrayó con tres codazos en la barriga.

¡Al senado de «La Fraternidad Tangoreña» podía haber ido con chistes filosóficos!

El zumborreo ensordecedor que había allí se calmó un tanto siniestramente al entrar Laka-Ganboa, que echaba lumbre.

—¡No faltando ya... nada talmente para la elección—dijo exabrupto dirigiéndose á don Juan Bautista Tellitu—y mandar orden pa sacar á Makañáitu de la cartsel! ¡Y en la conformidá que están las cosas agora...

—¡Así es!—rugió EfeKondo sin mirar al preopinante—Bibi, después de haber salido á la calle de por sí, ¡pasar el tiempo na más no es esol

—¡De por sí, sí, de por sí! Toñondona el grandulasol me iba á sacar á mí nadie teniéndole yo adrento de la cartsel!

—Toñondona sólo no, y otros. Aspiunsa el boticario tamién; ese le habrá dicho pa gritar aquello: «¡Viva la toma de la pastilla!»

—Buena pastilla, sí... pa tomar el otro! ¿Enfermo no dise que está? ¡Pa no ir al Ayuntamiento tapocol!

—¡Amigo! ¡Aquí todos grasiosos y pa réir! ¡Buena conformidá es esta! Luego cuando trunfen ellos en la elección y luego cuando se vaiga el perrocarril por abajo, etonses será el llorar. ¡Etonses, etonses!

—¡Sí...! Luego cuando se trunfen en la elección y haiga que bajar la cabeza y tragar todas las roncas que se han tirao alante de Villar y de Billirín ¡etonses será el arrascar! ¡Etonses, etonses!

—¡Buena conformidá es esta! Qué lástima ¿no? ¡lerdos que no seríamos aquí todos!

—¡Qué si tendrá que ver la invidia de ser amigo de Villar de Lenda con que se vaiga por abajo el ferrocarril...

—¡Qué perrocarril ni burro muerto tapocol! Ni que fuéramos creaturas pa querer holgar así con nosotros. ¿No sabemos todos lo que anda buscando ó qué?

—Mejor haría salir á la calle y dar cara á lo que ha hecho, ¡cara dar! y no andar escondiendo como los kañamaños abajo las peñas.

—¿Invidia porque anda con Villar y Billirín? ¡Holal pa tener invidia es eso ¡que le han sacao los cuartos ellos á él!

—¡Ca! Invidia de eso no, hombre; invidia de tener el Ayuntamiento en casa. «¡Yo allá no voy, yo no! Véngais» ¡fla! «el Ayuntamiento á casa!» En su casa dise que se han rejuntao; alguno ya sabrá.

Dijo esto don Pascual Bailón de Gufundegi, mirando á la pared, y quedó descansado esperando que Tellitu ó EfeKondo reventaran por algún lado. No reventaron, por de pronto, y aprovechando los momentos en que quizá estaban inflándose para reventar, dijo Silviano Goikuria, con el aire de quien derrocha ingenio sin advertirlo:

—¿Y para qué se juntan? ¿Se puede saber? Siempre será para imponer algun nuevo arbitrio... arbitrario—y miró á Gufundegi, por cuya hija suspiraba—¿A que todo acaba por pedirnos más cuartos?

Rieron ruidosamente, sin ganas los más; unos á intento de jalar la discusión y otros para hacer olvidar y reponerse de la corajina con que habían perorado. EfeKondo, á quien le mordía el que nadie le ganara á gracioso, bramó como un trueno:

—¡Quiá! Lo que es á mí eso no. ¡Yo con no pagar!

Brutales estallaron las carcajadas.

—¡Mentira! Yo he pagado siempre todo lo que se me ha correspondido pagar. ¡Siempre!—vociferó Goikuria, levantado en vilo por lo que creyó inicua alusión con eclipse de su ingenio además, y todo en presencia de Gufundegi—¡Sin faltar un chavo he pagao yo siempre!—proseguía entre silbajeos y feroces miradas, no á EfeKondo, sino al urinario—¡Y no habrá nadie que me haga bueno eso...

—¡Bueno, pues, eso! ¿Y quién le dise á usted que no?

—Y no como alguno... ducho marino, que á lo mejor habrá pasao la barra... una barra de jabón para la familia debajo de la levita... ¡y pasar adelante como si no se llevaría nada! ¡Yo nunca he hecho semejante cosa!

—¡Ni qué disir tiene! poco paño tiene la levita de usted pa entrarle abajo una barra de jabón. ¡Menudo tonto! le sacaríá á usted p'ansia un laol

—¡Eso es musical...

—¡Sí, pues! así paese usted, una flauta adrento de la funda...

Retumbó la sala con un porrazo: una banqueta había volcado, pero no á mano airada. Era que quien la ocupaba se había levantado de un brinco y gritando:

—¡Ené! ¿Qué es aquello?—se precipitaba al balcón.

Corrieron allá todos, y hasta quienes llegaron los últimos, alzándose en las puntas de los pies y estirando los pescuezos, vieron parado en la calle de Santo Domingo un magnífico y charolado carruaje de los llamados *mail coaches*, tirado por cinco caballos, rodeado de la chiquillería del pueblo y empenachado con un ramillete de señoritas con trajes claros y caprichosas sombrillas de colores que oscilaban como flores colosales. Luego apareció una carretela con personas graves, y por fin otro coche empenachado también con vistosas señoritas, quienes con toda su bizarria y elegancia no alcanzaban, la verdad sea dicha, á hacerle que dejara de parecer lo que era: un examarillo ómnibus de Ugarte, traducción demasiado mocosuena de lo de mail coach en un mal coche.

Y vieron y oyeron asombrados los fraternos que en lo alto del primero de los carruajes, un joven requirió un trompetón dorado de la misma talla de don Juan Bautista Tellitu y dió al viento tres berridos como tres voces de don Lucas de Laka Ganboa cuando se enfadaba, y que entre la silba y jugeos de la chiquillería y ladridos de los perros, arrancaron los tres coches hacia la salida de Tangora.

Que era gente elegante de Madrid, y algunos laibañeses que iban á Aitzafe de día de campo; que si Belerín iba entre ellos y si era el del trompetón y «pa asustar á don Tomás tocando á Juizio final que había traído aquello».

Esto fué lo mayor de lo que á los diez minutos se susurraba por medio pueblo.

El otro medio andaba agitado y más atento á comentar la liberación de Makalaftu, el ignorarse el paradero de Antonio Alduain, la encerrona del Alcalde, el azoramiento de sus devotos y la derrota que iban á llevar en la contienda electoral ya próxima. Todo era hervor y bulle bulle en el puerto, en las calles, á las puertas de obradores y talleres, y no era ciertamente *ande* Fabordón donde menos zumbaba la efervescencia.

A la tarde parecía aquello un avispero.

Redondeó un orador un período con un puñetazo en el mostrador, se llevó el chiquito á los labios y al alzarlo y con él los ojos, se quedó con ellos muy abiertos y el gañate cerrado á medio trago al ver que de un cochecillo que acababa de parar allí enfrente, bajaban y se dirigían hacia el café dos señores bien trajeados seguidos de otro no tanto, pero con bastón con borlas y de otro sujeto mal pergeñado con un rimerero de papelotes bajo el brazo.

A los cinco minutos un bloque de personas atascaba la puerta y todo Tangora sabía que «la justisia estaba ande Fulgencio á por declarasión de lo que se había pasao con lo de las palisas, Antonio Alduain y. Jues de Laibar había venido. ¡Ahura sí que sí! Jues de verdá era aquél y no de saskelería como Sirulo. ¡Ahura, ahura sí que sí!»

Al entrar en la Atalaya Evelina Laka-Ganboa, Manuelita Gufundegi y como hasta una docena más de señoritas, ya el señor Juez con sus acompañantes y numerosísimo séquito se habían ido al Ayuntamiento. No las movió la curiosidad á seguirles ni siquiera á husmear lo que se decía *ande* Fabordón, cuya tienda quedaba aún de gente hasta la puerta. Contentáronse con lo que oían al paso sin meterse en más averiguaciones de lo que se hablaba por allí.

Lo que las había echado á la calle muy compuestas y peinadas, y no precisamente por ser víspera de la Degollación de San Juan Bautista, día medio de fiesta en Tangora y de romería en Azpiribil; lo que las había sacado de casa era el paso de los expedicionarios á Aitzafe, ó mejor dicho, la expectativa de su consiguiente retorno, sin que se lo confesaran, por supuesto, unas á otras, ni hablaran apenas, al mal disimular su impaciencia.

Muy poco después de cuando lo presumían, se oyeron voces, sonaron cánticos y risas y apareció al cabo la gente joven de la expedición que volvía á pie. Ya fuese sólo por curiosidad, ya porque venían extrañando el no despertar sino escasa admiración en el pueblo y las reanimara el hallar al fin *público* que, á no dudarlo, las aguardaba, las elegantes forasteras se dieron con el codo al ver á las tangoreñas y comentaron á media voz y entre sonrisas, el talante estupendo de Manuelita Gufundegi, la maneras apava-

das de Evelina, los sonrojos de unas y el parapetarse de otras entre sus compañeras para mejor atisbar.

Los pollos en cambio las miraron de firme y algunos hasta volviendo la cabeza con disimulo y aún sin él, porque si entre las tangoreñas había en trajes y prendidos sus algos no ajustados al último figurín ni al mejor gusto, bien á la vista llevaban luces, frescuras, colores y gallardías de esos que no pasan nunca de moda.

Principió á llover; los coches no parecían todavía y los expedicionarios intentaron refugiarse en el café, el cual, si nunca fué cosa mayor para semejante concurrencia, menos podía con ella á la sazón en que, como se ha dicho, casi rebosaba de gente. Así lo entendió Aspiunza el farmacéutico, que bajaba del casino. Conocía á alguno de los laibañeses y con mucha finura y cortesía invitó á todos á que subieran. Era la hora en que los fraternos acostumbraban á pasear. En «La Fraternidad Tangoreña» no había casi nadie. Subieron.

Aún se oían en la escalera roces de vestidos, pasos y charla, cuando las tangoreñas penetraron como un bando de aves en el portal.

—¡Arriba suben!—dijeron con sobrealiento aún y suavizando el golpeteo de los pañolitos con que se sacudían vestidos y tocados.

—¡Bien han hecho! Lo que es aquí... Chicas, ¿vamos nosotras también?

—Yo no—dijo Manuelita—subir vosotras si queréis. Pa que digan luego que andamos atrás de ellas...

—¡Mujer! ni atrás ni alante; la chaparrada atrás de todas...

—¡Uffal—dijo Silviano Goikuria entrando de sopetón. Zapateó, se sacudió, se desencogió, alzó los ojos... y se quedó alelado. Balbuceaba no hallando qué decir...

—¡Cuánto bueno por aquí, caramba!—halló al fin, brillándole en los ojos la satisfacción del hallazgo--esto pasará... no es más que agua de verano... pero ¡hum! no sé... (saliendo á mirar al cielo) parece que viene muy cargazonado... paraguas... no sé si tendrá Fulgencio. Voy á ver... pero ¡quial! lo más que tendrá uno ó dos; voy á ver arriba...

—Arriba están esas forasteras y forasteros que han venido en los coches,

—¿Arriba? ¿Han subido? ¿Y la junta está arriba?—preguntó Silviano volviéndose por no atreverse á subir.

—¿Más junta que la de ellos quiere usted ó qué? ¿no oye usted, no oye usted?

—¡Pues el artículo veintitrés del reglamento... voy á ver si aquí...—y salió serio y de prisa. La presencia de Manuelita como una estatua sin hacer él algo de digno ni caballeroso le abrumaba.

—¡Jesús! Como alelao está. Ni tan siquiera si queremos subir.

—Cuanto más enamoraio más alelao ¿no es verdá, Manuelita?

—¡Mujer! ¿qué sé yo?

—¿Tu papá no es de la junta?

—Sí, de la junta es.

—Y nosotras aquí como unas lelas en el portal y ellas arriba. ¡Silvi, unas sillitas traiga usted, si no en la escalera vamos á tener que sentar!

—¡Cállate, mujer! Ya habrá artículo en el reglamento pa eso también.

—Unas tontas somos. ¿De nuestros papás no es el casino ó qué? Pues más es nuestro que de ellas. Debíamos subir ¡qué!

El barullo, que no cesaba arriba, recreció con retumbante arrastre de sillas.

—¿No oís, no oís? ¡Andan como si andarían en una cuadra!

—¡Hola! De afuera vendrá quien de casa te echará!

Estalló el piano en acordes que al fin rompieron en un wals y á poco temblaba la casa hasta los cimientos.

—¡Bailando! ¿ya veis esto?

No mucho, porque en aquel momento la escalera y el portal se oscurecieron al plantificarse en el tranco don Pascual Bailón de Guñundegi; detrás estaban Silviano, don Juan Bautista Telitu, don Celerino Zafabeitia y algunos más, todos gente recia.

—¡Bailando...!

—¡Sí, pues; bailando, bailando!

—¿Quién ha dao, pues, permiso?

—¿Dar... permiso dar...? ¡Tomar! Nada no cobra Fulgencio por eso café ni así no es y.

—¿Y quién tomar, quién? ¿Billirín? ¡Siiisco ha puesto todo el pueblo con fanfarrias de ese hombre... nadie no está en pas aquí...

los otros en la cárcel entrando como un... torromoto... y mandar allí lo que quieren... el otro ni meniar tan siquiera en casa metido, como un klinklón en el bujero... agora estos otros tamién aquí, *aquí* entrar como otro torromoto!

—¡Aquí no hay más que Billirín ó qué sentellas es esto!

—¿Y Billirín tamién con ellos está bailando?

—¡Muy bailarín es aquél pa no estar bailando siempre! ¿Y á todos no hase ¡bailar! en todo el pueblo y arriba no están bailando? ¿No oye ustedé, no oye ustedé?

Las caras les rezumaban vinagre.

Y no era para menos. Acostumbrados desde la fundación del casino á no cederlo para bailes á la juventud del pueblo sino después de bien apuradas una á una las delicias del fruncir el ceño á los solicitantes, de tenerles largos días en veremos, de interminables cabildeos, ir y venir, hablar y gruñir ¡y que vinieran ahora todos aquellos... sentella! y sin permiso de nadie entrarse así en el salón, apoderarse del piano y ¡bailar! ¡Y en qué ocasión les cogía á los fraternos! con los nervios en estado vítreo por cuanto estaba ocurriendo en Tangora, quizá jadeantes algunos todavía de la última pelamesa de las que se armaban por todas partes á cada triquitraque ¡ver invadido EL SALÓN DEL CASINO!

¡Aquello era el Capitolio asaltado por los bárbaros! y eso que el ganso de Silviano Goikuria no cesaba de graznar:

—¡No hay duda, no hay duda! El artículo veintitrés es bien contundente... y lo que es para no ejecutar, mejor es ¡cancelar ese artículo...!

—A una sosiedá de Madrí ó de Laibar tan siquiera podíamos ir nosotros así ¡y á verr e si nos dejaban!

—¡Para no ejecutar, cancelar, cancelar ese artículo!

—Hablar, hablar ¡con hablar na más poco provecho hay!

—¡Yo no soy de la junta!

—Pues etonses ¿pa qué habla ustedé tanto?

—¡No sé! Aquí... nunca no es nadie de la junta—bramó Zañabeitia volviendo la espalda á Gufundegi y mirando á la pared— Pa poner juntas así, igual es que pondríamos un muñko.

—¡Pues yo sí, yo me soy de la junta!—exclamó al fin don Pascual Bailón de Gufundegi y echó á la escalera arriba y á buen paso por el que le abrió la concurrencia.

De un empujón abrió la puerta y con ella deshizo una pareja, y sin causar más averías que estrellar un callo de un zapatazo y de otro desgajar media vara de tul de una falda, embistió al piano y lo cerró tan en seco, que si no anda listo el pianista, le cercena los dedos con la tapa como si fueran zanahorias. Al tercer furiosísimo sondeo en los profundos del chaleco dió con la llave, la sacó y con ella el bolsillo para afuera del que se vertieron pelote y dos cerillas ya usadas. Echó la llave al piano y salió magníficamente del salón y no sin decir oxte ni moxte, pues se le oyó bien claro:

—¡A costa de los tangoreños no se divierte nadie!

Tan decidido y rápido anduvo que cortó la acción á todo el mundo. Estallaron después denuestos y conatos de cuchufletas. Se propuso á gritos que cantaran ó silbaran algunos y con ello continuara el baile, pero las señoras dieron resueltamente la orden de marcha. Al abrir la puerta seguían bromeando y riendo; hasta los más espiritados trataban de meterlo todo á broma y barullo.

—¡Señoras y señores! ¿Qué les ha parecido á ustedes esta *invitation à la wals*?—gritaba un pollo, á lo que añadía Aspiunza:

—¡Y pensar que este señor se llama don Pascual Bailón!

Y más amagos de chistes se lanzaban á voces, según bajaban la escalera, para templar los ánimos y mantenerse en posición riente y dominante. Trabajo inútil, porque ni en la escalera ni en el portal ni en sus inmediaciones se encontraron absolutamente á nadie.

Pero ya en los coches tuvieron que pagar la elegancia del trompetón del *mail coach* aguantando un bombardeo de piporrazos, imitados de los de aquél, que les arrimó la chiquillería con tres bocinas de mandar maniobra á bordo sacadas á saber de dónde.

OSCAR ROCHELT.

Josu-Kisto'ren antzarpena - Bigaren idaztija

VII atzalburuba. Josu gauza gustijak baño mañiago ixateko.

1. ¡Zoruntsuba Josu mañetan ta buruba Josu-afen ezesten dakijanal

Mañe bat beste augañik itxi bial dozu, Josu'k bera bakafik orok baño mañiago dagixula gura dau-ta

Gauzaen mañasuna uskoña ta labana da; Josu'rena, baña, zindua ta iraukoña

Irazakijari daratsona jaustijagaz jausiko da; Josu'ri, baña, dau-tsona beraunegaz sendo ixango da betiko.

Auxe mañe ta aizkide ixan bial dozu, bestiak alde-dagijela, etzauzana lagatuko ezta bez azken-orduban uts-egiten itxiko.

Nai-ta-nai-ez orok bein-edo-bein itxiko zabez.

2. Nai bixi nai il Josu'ri euskiozu, eta, orok uts-dagijela, bakaf-bakafik ufgazi zaikezanaren zinduari buruba emoskiozu.

Zeure mañiak eztau mañekiderik gura, bakaf-bakafik gura dau zeure bijotza euki ta bakalduna bere bakaulgijan jezafi.

Bijotza irazaki gustijaetzaz ustuko ba-zeuke, Josu pozafen zeure bafuban biztanduko litzake.

Galdu-galduba ixango dozu Josu'gan barik gixonakan imiñiko dozun dan-dana.

Axe-ofatzari ez-eyozu eutsi, ezta bez beratzaz itxaron; *gixon orok bedaña, ta euraen aintzea bedañ-lorea lakoxia, jaustija* (Isai, XI, 6).

3. Lasteftxe atzipetu ixango zara gixonaen azal-irudija baño begiratuko ezpa-dozu.

Bestiakan zeure poza ta onurea biñatuko ba dozuz, askotan kal dia añtungo dozu.

Gauza orotan Josu biñatuko ba-dozu, bai-dozu beraz idoroko.

Baña buruba biñatuzkero, bai-dozu beraz aufkituko, zeure galguntzarako baña.

Josu biñateka kaltiago burubari dagitso gixanak gixon ta arer-ijo gustijak baño.

VIII atzalburuba. Josu'gazko aizkidasun kutunatzazko.

1. Geugaz Josu dagola, ona da guztija ta gatxa deusik ezti-rudi; baña geugaz Josu eztagola latza dogu dana.

Bañuz Josuk, itz-eztagiñ, txatxaña da poza; itz bakafa baña Josu'k egiñezkero, poz-poza dañgu (añtzen dogu).

¿Ez-ete-zan negañ-lekutik beriala Miren Matalaña jagi, Marte'k iñon eutsonian: *oñtze don Irakaslia, euri dei?* (Joann. XI, 28)

Ordu zoruntsuba Josu'k negañ-malkuetatik gogo pozoñera deñuten daun ordubal

¡Josu-barik zaran legoñ ta gogoña! ¡Eta Josu'tzaz besterik biñetan daunaren ganorabako ta bagial

¿Ez-ete-da au ludi osua galdu baño kalde andijagua?

2. ¿Ludijak, Josu-barik, zer damoskezu?

Geistoki-ala gogoña Josu-barik egotia; baña, ostera, Josu'gaz egotia donoki-atse gozo edeña.

Zeukin bai-dozula Josu, arerijorik batek bez kalderik eztagiskezu.

Josu aufkiñu daunak aberaski edeña jo dau, aberaskirik edeñen -edeñena.

Josu baña galtzen daunak bai-dau beintzat asko galtzen, ludi osua baño geyago galtzen dau

Ez-euki utsa da Josu-barik bixi dana; aberats-aberatsa, bafiz, Josu'ren laguna.

3. Jakiñe-jakiñia Josu'gaz bixi-ixatia, ta Josu'ri eustia zurñza -zurñzea.

Apala ta gentzatsuba zadikez, ta zeukin Josu ixango dozu.

Jauntzalia ta geldija zadikez, ta zeugaz Josu iraungo da.

Lasteñtze iges-eragingo dautsozu Josu'ri ta beraunen eskafa galduko, ata-gayai labanduzkero.

Eta Josu'ri iges-eragin ta beraunen eskafa galduzkero, inogana buruba zuzenduko dozu ta nor aizkidetzat biñatuko?

Etzaizez aizkide-barik ondo bixi, ta aizkiderik-aizkidia ezpadozu Josu ixango, alege-alege ta autsi-autsija ixango zara.

Josu'rik bestetzaz itxarotiaz ero-eroz egingo dozu.

Josu irainduba baño arerijo gixon orok ixatia autetsi biaf zeuke.

Mañe-dozuzanik mañe-mañia ta kutun-kutuna Josu ezazu.

4. Orok Josu'afen mañe biaf dozuz, Josu, baña, berau-afen.

Batez-batez Josu bakafik mañe biaf dogu, aizkiderik onena ta zinñuena bera bakafik dalako.

Bai aizkidiak bai arerijuak Bera'afen ta Bera'gan mañe-egikezuz; eta bai aizkide bai arerijuaen aldez otoi egiskiozu, batzuk eta bestiak mañe-dagijentzako.

Ezexu batez mañe tagoretsi ixana gurau; Goikua'ri bakafik, beraunek antzekorik estau-ta, dagokijo ori.

Ezexu gura zeutzazko afduraz iñor bixi dadiña, ezta zeu bez iñotzazkuaz bixi; Josu, baña, zeugan ta gixon aitez orokan bedi.

5. Bafu-utz ta azkea, ezek sareteka zañez.

Biñotsa ixan biaf zara ta Jaungoikua'ri bijotz utza aufkeztu biaf dautsozu, atsedetu ta Jauna dan gozua gozaftu nai ba-dozu.

Etzara beintzat onenbestera elduko, beren eskafak aufez-aftu ta eruango ezpa-zauz; aunelan, bijotzetik gauza gustijak egotzi ta bijotzu ustu dozula, bakafik danarekin batuko zara.

Gixonak, Jaungoikua'ren eskafa datofkijola, edozer al dau; baña arek alde-egiñezkero, txiro-makala da ta zigofkadeak aftzeko bakafik gauza.

Aulan be, eztau goguak luf-jo biaf, ezta bez ustegatu; Jaungoikua'ren gureaz baña gogaide ixan ta datofkijozan neke gustijak Josu-Kristo'ren aintzarako eruan; negu-oste udea datof-ta, gaboste eguna, ta ekaitz-oste atefija.

IX atzalburuba.—Pozik bagiatzako

1. Ezta asko gixonakandiko poza ezestia Janngoikua'gandikua dogula.

Asko da, baña, ta beraz gustiz-asko da bai gixonakandiko bai Jaungoikua'gandiko pozik-bage ixan al ixatia; eta Jaungoikua'ren

aintzarako bijotz-atzefija irauñ guretea, ta buruba ezelan bez bila-
teka, buru-ibazijak ez begiratia.

Jaungoikua'ren eskaña dozula, alai ta jauntzale ixatiari ¿asko
ete-deritxozu? edonok aldi au gurako leuke.

Leun-leun dabil Urtzi'ren eskañak eruana.

¿Añiteko da-ete zamea agi-ez-ixatia Al-orodunak ba-zaruaz ta
Aufeztari nagusijak zuzentzen zauzala?

2. Pozik-txikañena be gogoz aytzen dogu; zail-zail baña gixo-
na burubaz erantzen da.

Laurentzi zihopa deunak biztoki au ta jauparija be goñu eba-
zan; biztoki ontan atsegafija dana ezetsi, ta Sista, Urtzi'ren jaupa-
ri nagusijak, berak mañe-mañia, kentzen, naretsu Josu-Kisto'afen
eruan ebalako.

Urtzi'ren mañasunaz gixon-mañasuna goñu eban, eta gixa-poza-
ri Urtzi-gurea aufetsi eutson.

Zeuk be, aizkiderik uñko ta laztanik ba-dozu, Urtzi'afen isten
ekaskezu.

Ta etzatekez gogake ixan aizkideren batek galetsi zauzala,
gustijak algafegandik aldendu bial garala bai-dakixu-ta.

3. Gixonak asko ta geroko burubaz gudatu bial dau, buruba
goñu-goñuten ta bijozkura osua Jaungoikua'ganatzen ikasi-orduko

Gixonak burubari bai-dautsola, lasteftxe gixa-pozetara laban
egiten dauke.

Baña Kisto egijaz mañe-dauna ta onbidiari zindoro dafaikona
ezta gixa-pozetara jausten ta eztauz onetariko gozaki agijak bila-
tzen, bai baña Josu-Kisto'afen aufezkaldi gogofak eta lan andijak
eruatia.

4. Gogo-poza, ba, Urtzi'k emongo ba-dautzu, eskañ-onaz aftu
eikezu, ta Goikua'ren emotxa dala, zeuk irabaztekea, ekikezu.

Ezexu buruba goratu, ezexu pozof geyegi aftu, ez buruba ero-
to goretsi; ostez, aftu dozun eskafagañik apalagua zatekez, ta zeure
egikixun danetan uañtubagua ta bilduñkoyagua, aldi ori igaziko
yatzu-ta atzez ziltzaldija dafaikola.

Poza kenduko dautzubenian ez lasteftxe ustegatu; ordez apal-
-apalik eta otzan-otzanik goiko ikeñaldija begira-egixu; Urtzi'k poz
zabalagua bañiro damoskezu-ta.

Ezta au bañija, ezta Urtzi-bidietako bidajtijak ez-ikasija; deun
andijak eta iragañle zañak be onetariko aldakuntseak agi-ebezan.

5. Aulan ba, norbañek, eskafa eukala, iñon eban: *neure ugarostian iñon dot: betiko enaz aldatuko* (Cs. XXIX, 7).

Baña eskañak, alde-eginda, zer jazo yakon bai-dazañ, diñola: *zeure aurpegija nitzaz aldendu zeban, ta itxulazkatu egin naz* (bert., 8).

Au-ta-be, ezta baña ustegetan, ta bai gogofago Jaunari añen-dagitso, ta dasa: *Jauna, zeuri diadañ-egingo dautzut, ta neure Urtzi'ri otoi-eingotsot* (bert., 9).

Azkenez, bai-dakañ añen-ekañija ta bai-dau zinañtzen entzun dautsola, ta diño: *Jaunak entzun daust ta niri eruki ixan yat: Jauna neure urgazlia egin da* (bert., 11).

¿Zerez baña? *Nire negaña pozortu daustazu, diño, ta ni alaigoz moltsatu nozu* (bert., 12).

Deun andijai au jazo ba-yake, ezkara geu, makal ta efukiñok ustegatu biañ bein sutsu ta bein ozt garala: goi-gogua bai-datoñ ta bai-dua bere guramenak gura lez.

Augañik esan eban Job zoruntzubak: *goxez dikeritzu, ta bat-batez dastañtzu*.

6. ¿Zertzaz, ba, ditxaroket, ala norgaz dustaket, Urtzi'ren efuki-efukitzaz ta goi-eskañaren ustiatzaz bakañik baño?

Bai dirala gixon onak, bai senide jauntzaliak, bai aizkide zin-ñuak; bai-dirala idazti deunak, bai izti edeñak, bai abesti ta erezi gozuak, gusti-gustijok baña gitxi duñgaze, gitxi gozañtu-daragije, eskañak itxi ba-nau ta neure efukindañsunari emon.

Aldi ontan osaki obarik ez eruamena ta Urtzi'ren nai-gureaz batasuna baño.

7. Eztot iñoiz eskaña ez ostuteko ta sukañ-gitxijetea ez-agiñeko ainbat gixon jauntzale ta urtzikoña jakin.

Ezta ixan deunik, gorago añtuna ta goi-argiñtuba ixanañen, len edo gero ziltzatu egin eztala.

Jaungoikua'ren oldozte goñijaren duña ezta Jaungoiko'añen ez-tana ixan nekaldijetan eragiña.

Lengo ziltza uñengo pozaren ikuña ixaten da.

Ziltzaldijetan eragiñai goiko poza aginñu yake; *gotuko daunari*, diño Jaunak, *bixitz-abetik jaten emongo dautsat*.

8. Urtzi'k poza emoten dausku, aueñkaldijak goñuten zinñuak gañazentzat.

Ziltzaldija jañai datoñ eztaiguzantzat onañen burubak goretsi.

Ezta lo goteunga, ezta oindiño il aragija, augañik ez-egixu gu-

dakearako buruba geftzen itxi, eskunaz ta eskefez arerijuak dozuz, eta aunek eztabe lo-egitien.

MIBISUS.

Uarak

mañekide—compañero de amor.
irazaki (irazan + gi)—criatura.
iñon (*diñot'*etik)—esan.
pozor (*poz* + *or*)—gozo.
geistoki (geixo + toki)—infierno (A.-G).
donoki (*deun* + *oki*)—cielo (A.-G).
aberaski (aberats + gi)—riqueza, tesoro
Zurtza (*zur* + *tz*)—prudencia.
jauntzale (*jaun* + *zale*)—devoto.
alege (*alai* + *ge*)—triste.
gozartu (*gozo* + *artu*)—saborear.
txiro—*abelge*—pobre.
agi-ixan—sentir.
aur'estari—conductor.
Urtzi—Jaun-Goikua.
aur'etsi—preferir.
gogake (*gogo* + *ge*)—disgustado.
galetsi (*galdu* + *etsi*)—abandonar.
egitien danke (*gau* + *egingo dau*).
gozaki (*gozo* + *gi*)—dulzura.

agi—sensible.
an'ezkaldi—contradicción.
bil'urkoi—temeroso.
siltzaldi—tentación (A.-G).
ustegatu—desconfiar.
ike'aldi—visita. (Laburdi'kua).
ugaroste (*ugari* + *oste*)—abundancia.
pozortu—convertir en gozo.
alaigo—alegría.
moltzatu—rodear, cercar.
dike'tzu—ike'tzen dozu.
dastartzu—astartzen dozu, *aster'tu'tik*
 =probar, examinar.
dustaket—uste daiket.
isti (*itz* + *di*)—tratado.
urtzikor—religioso.
siltzatu—tentar.
siltz—tentación. (A.-G).
goteunga (*gogo* + *deunga*) = espíritu
 maligno, demonio.

NOTAS

ACERCA DE LAS FLEXIONES DEL GRUPO G

(Conclusión) (*)

¿Existe el tiempo futuro en la siguiente conjugación simple ó sintética? Acostumbrados ya á formar el futuro mediante la sufixación del *ko* ó *go* al nombre verbal y las flexiones del *izan* en sus dos formas, parece á primera vista que éstas han de ser las únicas maneras de formación del futuro euzkérico. Pero el examen de algunos textos antiguos induce á pensar de otra manera. Pongamos á la vista los siguientes refranes de la colección reeditada por el señor Van Eys, con sus respectivas versiones erdéricas:

- | | |
|--|---|
| (1) Oñak leof, aoa eze;
sendari <i>doke</i> . | Los pies secos, y la boca húmeda:
<i>tendrás</i> gallardía. |
| (2) Auzafkuntzeak bildufa uza-bez,
ze ilfeko edo bizitzeko gudara <i>goakes</i> . | El atrevimiento ahuyente el miedo,
que para morir ó vivir <i>iremos</i> á la guerra. |
| (3) Dakijanak aftuten,
<i>dakike</i> emoten. | El que sabe tomar,
<i>sabrá</i> dar. |
| (4) Ba-dagik egin bidea,
ona <i>dokek</i> erijotzea. | Si haces lo que tienes que hacer,
<i>tendrás</i> buena muerte. |
| (5) <i>Eikek</i> senaf makeña,
ta ak <i>aukake</i> andera. | <i>Harás</i> marido contrahecho,
y aquél <i>te tendrá</i> por señora. |

(*) Véase EUZKADI, núm. 13 (Enero 1908), págs. 17-29.

Estas flexiones corresponden á futuros de conjugación simple ó sintética. El *doke* de (1) es evidentemente un *dokek*, como el de (4), pero mal transcrito. Procede de la flexión bizkaina del tratamiento familiar *dok* (tú lo tienes, *masc.*), con el infijo *ke*. En (2) vemos *goaz*, con el mismo infijo. En (3), *daki*, con el mismo *ke*. En (5) dice *eikek* por *egiken*, de la flexión *egin* (hazlo tú, *fem.*) del verbo *egin*, con el repetido infijo; en la misma, *aukake*, de *auka* (él te tiene á ti, *masc.*), con el *ke*, sufijo aquí.

De consiguiente, por analogía:

natoŕke (yo vendré), por *etoŕiko naiz*.

zabilzkiguke (vosotros nos andaréis), por *ibiliko zatzazkigu*.

gagozkioke (le estaremos), por *egongo gatzazkio*.

Es de notar, sin embargo, que **natoŕke**, además de *yo vendré*, significa también *yo puedo venir*, como *dakaŕket*, además de *yo lo traeré*, significa *yo lo puedo traer* (*); pero los dos significados, que tienen un fondo común, se distinguirán con facilidad por el sentido general de la frase.

El uso de este afijo *ke* se podrá ver claramente por medio del siguiente cuadro general:

MODO INDICATIVO

TIEMPO FUTURO IMPERFECTO (**)

Formas	I	II	III
	Pura única	Trans. ^a 1. ^a con dativo <i>niri</i>	Trans. ^a 2. ^a con dativo <i>zuri</i>
Ni	na-ke	na-kizuke
zu	za-zke	za-kidake
aura	da-ke	da-kidake	da-kizuke
Gu	ga-zke	ga-zkizuke
zuek	za-zteke	za-zkidake
ayek	da-zke	da-zkidake	da-zkizuke

(*) Véase EUZKADI, núm. 14 (Abril 1908), págs. 239-45.

(**) Llamo *imperfecto* á este futuro porque corresponde, en cuanto á la significación, con los de la forma *etoŕiko naiz*, etc., que son denominados *imperfectos* por algunos tratadistas.

Añjación de la partícula *ke* al pretérito Imperfecto.—Puede también llevarse á la práctica en la forma que veremos inmediatamente. De esta suerte se obtiene lo que podríamos llamar *futuro absoluto del modo condicional* en la conjugación sintética, por analogía con la denominación que dan los tratadistas á ese tiempo del mismo modo de la conjugación perifrástica. Llaman futuro absoluto del modo condicional los tratadistas á las flexiones de perífrasis de la forma siguiente:

Egongo { nintzake
ziñake
litzake
.....

á las que corresponden estas sintéticas ó simples:

nengoke
zengoke
legoke
.....

que se obtienen, á excepción de las dos terceras personas, en las que aparece la misteriosa *l* inicial (*), del pretérito imperfecto de indicativo. El cuadro general será verosíblemente este que sigue:

MODO CONDICIONAL

TIEMPO FUTURO ABSOLUTO

Formas	I	II	III
	Pura única sin <i>dativo</i>	Trans. ^a 1. ^a con dativo <i>niri</i>	Trans. ^a 2. ^a con dativo <i>suri</i>
Ni	n-n-ke	n-n-kizuke
zu	z-n-ke	z-n-kidake
aura	l- -ke	l- -kidake	l- -kizuke
Gu	g-n-ke	g-n zkizuke
zuek	z-n-zke	z-n-zkidazu
ayek	l- -zke	l- -zkidake	l- -zkizuke

(*) VAN EYS.—*Etude sur... des verbes auxiliaires*, p. 88.

IV Trans. ^a 3. ^a con dativo <i>ari</i>	V Trans. ^a 4. ^a con dativo <i>guri</i>	VI Trans. ^a 5. ^a con dativo <i>zuei</i>	VII Trans. ^a 6. ^a con dativo <i>ayei</i>
n-n-kioke	n-n-kizuteke	n-n-kioteke
z-n-kioke	z-n-kiguke	z-n-kioteke
l- -kioke	l- -kiguke	l- -kizuteke	l- -kioteke
g-n-zkioke	g-n-zkizuteke	g-n-zkioteke
z-n-zkioke	z- -zkiguke	z-n-zkioteke
l- zkioke	l- -zkiguke	l- -zkizuteke	l- -zkioteke

Ejemplos.—1.º De *egon*:

legokizuke (él os estaría á vos ó él podía estaros á vos), por *egongo litzazuke*.

2.º De *jañai*:

lanean zeneraike, astirik ba-zeneuka (vos seguirías trabajando ó podíais seguir trabajando si tuvierais tiempo), por *lanean jañaike, astirik eukiko ba-zenu*.

3.º De *etóri*:

gaitz latzak letorzkioke (ásperos males les vendrían ó les podían venir), por *gaitz latzak etóriko litzazkioke*.

Modo imperativo.—Del análisis de la forma I de este modo, en los seis verbos que traen los tratados, resulta, por eliminación de los radicales respectivos, lo siguiente:

<u>egon</u>	<u>ibili</u>	<u>joan</u>	<u>etóri</u>	<u>etzan</u>	<u>jañai</u>
za-de	za-za	z-z	a-z	zau-	
be-	be-	b-	be-	be-	<i>caret</i>
za-dete	za-zate	z-zte	a-zte	zau-te	
be-de	be-z	b-z	b-z	be-te	

Tenemos, correlativamente, en el dialecto bizkaino:

<u>egon</u>	<u>ibili</u>	<u>joan</u>	<u>etóri</u>	<u>etzan</u>	<u>jañai</u>
za-z	za-z	z-z	za-z	za-z	
be-	be-	b-	be-	be-	<i>caret</i>
za-ze	za-ze	z-ze	za-ze	za ze	
be-z	be-z	b-z	be-z	be-z	

IV Trans. ^a 3. ^a con dativo <i>ari</i>	V Trans. ^a 4. ^a con dativo <i>guri</i>	VI Trans. ^a 5. ^a con dativo <i>zuei</i>	VII Trans. ^a 6. ^a con dativo <i>ayei</i>
na-kioke	na-kizuteke	na-kioteke
za-kioke	za-kiguke	za-kioteke
da-kioke	da kiguke	da-kizuteke	da-kioteke
ga-zkioke	ga-zkizuteke	ga-zkioteke
za-zkioke	za-zkiguke	za-zkioteke
da-zkioke	da-zkiguke	da-zkizuteke	da-zkioteke

Como se ve, la nota *ke* obra como un verdadero sufijo en todos los casos absolutamente. En la forma II, el sufijo del tiempo presente *t*, correspondiente al dativo de la primera persona del singular, se ablanda, reapareciendo el sonido *d* primitivo, y se infija un *a* por razón de eufonía: así, *zagokit* + *ke* = *zagokidake* (vos me estaréis).

El dialecto bizkaino no procede así. En el dialecto de Bizkaya el sufijo del dativo queda siempre el último: dice, por ejemplo, **nakikeo** por *nakioke*. Y según Lañdizabal, este mismo procedimiento puede seguirse en la forma II del guipuzkoano: según este tratadista (p. 38 de su *Gramática*), el auxiliar hace como sigue:

Formas	II	
	Trans. ^a 1. ^a con dativo <i>niri</i>	La misma de otro modo
Ni
zu	zatzakidake	zatzakiket
aura	datzakidake	datzakiket
Gu
zuek	zatzazkidake	zatzazkiket
ayek	datzazkidake	datzazkiket

Los componentes de *zatzakidake* y de *zatzakiket* son los mismos, aunque dispuestos en distinto orden.

Siguiendo este modo de formación, que sin duda es extensible á todas las formas, tendríamos el siguiente nuevo cuadro general:

MODO INDICATIVO

TIEMPO FUTURO IMPERFECTO (BIS)

Formas	I Pura única	II Trans. ^a 1. ^a con dativo <i>niri</i>	III Trans. ^a 2. ^a con dativo <i>zuri</i>
Ni	na-ke	na-kikezu
zu	za-kez	za-kiket
aura	da-ke	da-kiket	da-kikezu
Gu	ga-kez	ga-zkikezu
zuek	za-zkete	za-zkiket
ayek	da-kez	da-zkiket	da-zkikezu
IV Trans. ^a 3. ^a con dativo <i>ari</i>	V Trans. ^a 4. ^a con dativo <i>guri</i>	VI Trans. ^a 5. ^a con dativo <i>zuei</i>	VII Trans. ^a 6. ^a con dativo <i>aye</i>
na-kikeo	na-kikezute	na-kikeote
za-kikeo	za-kikegu	za-kikeote
da-kikeo	da-kikegu	da-kikezute	da-kikeote
ga-zkikeo	ga-zkikezute	ga-zkikeote
za-zkikeo	za-zkikegu	za-zkikeote
da-zkikeo	da-zkikegu	da-zkikezute	da-zkikeote

Ejemplos de aplicación de este cuadro.—1.º Del *egon* obtendremos:
zagokez (*estaréis ó podéis estar vos*), por *egongo zera*, ó *egon zai-teke*.

dagokikezute (*él os estará á vosotros*), por *egongo zazute*, ó *egon datzakikezute*.

De los dos cuadros generales presentados, creo, salva opinión más acertada, que el primero es el que debe ser empleado: 1.º, por la mayor facilidad que presenta para la formación de las flexiones; 2.º, porque parece ser el genuino modo guipuzkoano de estas flexiones especiales.

Por el simple examen comparativo de estos cuadros se ve que el bizkaino es mucho más regular que el guipuzkoano. También se puede apreciar que las segundas personas de los dos números son, tanto en guipuzkoano como en bizkaino, idénticas á las análogas de la forma I del presente de indicativo; por consiguiente, todas las irregularidades que ya hicimos notar en aquel modo

y tiempo, se reproducen aquí exactamente. Son, además, las únicas que se presentan, pues las terceras personas son semi-regulares ó regulares enteramente, salvas las únicas excepciones de **begode** (*beude*) y **betzate**. Resulta de lo dicho que para formar el cuadro general, habremos de atenernos, en lo que se refiere á las segundas personas, á lo establecido en el presente de indicativo. Es de notar que los tratados carecen de las formas III (Trans.^a 2.^a con dativo *zuri*) y VI (Trans.^a 5.^a con dativo *zuei*) en el presente de imperativo de los seis verbos arriba apuntados: no se me alcanza la razón de ello, si no es el poco uso que se haga de esas formas en el lenguaje corriente, lo cual no es una razón, pues si solamente hubiéramos de tener cuenta de las flexiones que usa el vulgo, la conjugación euzkérica sufriría una prodigiosa *capitis diminutio*; pero es lo cierto que los literatos que aspiren al nombre y á los honores de verdaderamente tales deberán conocer la conjugación euzkérica en toda su variedad y riqueza, y sacarla del que llamaríamos archivo de los tratados, y ponerla en circulación, para que vuelva á ser habitualmente usada. Desgracia es, y grande, para la lengua nacional vasca, que muchos se hayan dado á escribir y á publicar, á poetizar y á versificar, sin la más rudimental preparación para ello, sin conocer gramaticalmente, siquiera fuese del modo más elemental, la lengua que pretenden cultivar literariamente; hemos tenido, y seguimos teniendo, una legión de *bersolaris*, *koblakaris*, etc., de los que mucho malo y nada bueno se puede decir ni esperar. Basta: esperemos, que va llegando el tiempo en que el vasco conceda á su lengua siquiera el grado de atención que otorga á los idiomas extraños; tiempo es ya de desandar lo malamente andado y de enderezar el camino para lo sucesivo.

Volviendo al asunto que nos ocupa, repetiré que no veo la razón de que las formas III y VI del presente de imperativo no aparezcan en los tratados, tanto menos cuanto que el auxiliar *izan* las posee, aunque, como es natural dada la significación de esas formas, sin las segundas personas.

El cuadro general de la forma I, partiendo como ya hemos dicho de la análoga en cuanto á las segundas personas del presente de indicativo, será el que sigue:

Zu	za-z
aura	be-
Zuek	za-zte
ayek	b-z

Por vía de ejemplo de aplicación de este cuadro, veamos de formar las flexiones correspondientes al verbo *jarai*, que carece en los tratados de esta primera forma. Siendo *arai* el núcleo radical de este verbo, obtendremos:

Zu	za rai z (seguid vos)
aura	be rai (siga él)
Zuek	za rai zte (seguid vosotros)
ayek	be rai z (sigan ellos)

El cuadro de las formas todas será este que sigue:

MODO IMPERATIVO

TIEMPO PRESENTE

Formas	I Pura única sin <i>dativo</i>	II Trans. ^a 1. ^a con <i>dativo niri</i>	III Trans. ^a 2. ^a con <i>dativo zuri</i>
Zu	za-z	za kit
aura	be-	be-kit	be-kizu
Zuek	za-zte	za-zkit
ayek	be-z	be-zkit	be zkizu
IV Trans. ^a 3. ^a con <i>dativo ari</i>	V Trans. ^a 4. ^a con <i>dativo guri</i>	VI Trans. ^a 5. ^a con <i>dativo zuci</i>	VII Trans. ^a 6. ^a con <i>dativo ayei</i>
za-kio	za-kigu	za-kiote
be-kio	be-kigu	be-kizute	be-kiote
za-zkio	za-zkigu	za-zkiote
be-zkio	be-zkigu	be-zkizute	be-zkiote

Estas formas sólo difieren de las análogas del presente de indicativo: 1.º, en que faltan las dos primeras personas; 2.º, en que el prefijo *da* de las terceras personas del indicativo se cambia en *be*. Las segundas personas y las terminaciones de las terceras, así como el juego del núcleo radical, son absolutamente idénticos.

El *izan*, cuya conjugación del grupo **G** parece formada por aluvión, presenta en la forma I del presente de indicativo un nuevo núcleo radical **di**, del que quizá es un residuo el **i** del presente de indicativo:

$$\left. \begin{array}{l} \text{zadiz} \\ \text{bedi} \end{array} \right| \left. \begin{array}{l} \text{zadizte} \\ \text{bediz} \end{array} \right\} (1)$$

Así debería ser, admitiendo que el radical fuera *di*; pero para que la irregularidad sea completa, las flexiones se presentan bajo esta forma:

$$\left. \begin{array}{l} \text{zaitz} \\ \text{bedi} \end{array} \right| \left. \begin{array}{l} \text{zaitzete} \\ \text{bitez} \end{array} \right\} (2)$$

Aquí se ven claramente dos distintos radicales: el *di*, antes considerado, y el *ite*. El primer radical da el cuadro (1), que es, con una ligerísima variante dialectal (*), el correspondiente á uno de las variedades de Bizkaya; el radical *ite* da lo siguiente:

$$\left. \begin{array}{l} \text{zaitz} \\ \text{beite} \end{array} \right| \left. \begin{array}{l} \text{zaitzete} \\ \text{beitez} \end{array} \right\} (3)$$

que es, con análoga ligerísima variante, el correspondiente á otra variedad bizkaina. El cuadro (2) procede de la fusión del (1) y del (3); las flexiones *zaitz*, *zaitzete* y *bitez* son del (3); la *bedi* es del (1).

¿Pertenece realmente al *izan* el radical *ite*, ó es de algún otro verbo euzkérico, perdido á través de los siglos? Sólo sé que su presencia puede señalarse todavía en las flexiones potenciales biz-

(*) *Zadize* por *zadizte*.

kainas *naite*, *naiteke*, *neinte*, etc., y quizá en *dait*, *daitzu*....., aunque es probable que en estas últimas no haya más que un residuo de *egin*.

Lo más singular del caso es que en las restantes formas aparecen otros dos distintos radicales: el *tza*—ya señalado en el modo indicativo—en las segundas personas, y el *ki* en las terceras, contrayéndose la del singular *bekikit* en *bekit*. Y es muy de notar que este último radical *ki* sustituye también, en las flexiones transitivas, al *ite* potencial bizkaino de *naite*, *naiteke*, *neinte*, etc. Esta diversidad de radicales (**i, tza, di, ite, ki**) que se observa en la conjugación intransitiva de *izan*, hace verosímil la hipótesis de que esta conjugación procede de la amalgama del *izan* con otro ú otros verbos desconocidos ó solamente conocidos por fragmentos de sus conjugaciones.

Futuro de imperativo.—No existe este tiempo en español: *Estarás ahí*, se dice de la misma manera en sentido imperativo que en el simplemente indicativo. Pero en Euzkera pasan las cosas de otro modo. En los refranes reeditados por Van Eys encontramos los siguientes:

Zagokez ixilik, eta entzun eztaizu gextorik.

Eikek senat makefata ak aukake andera.

Ikedak, eta dikeadat.

Callando estarás (ó *estate*, en tiempo futuro), y mal no oirás.

Harás (ó *haz*, en tiempo futuro) marido contrahecho, y aquel te tendrá por señora.

Dame (en tiempo futuro), y te daré.

Los dos primeros ejemplos pueden, ante un ligero examen, ofrecer alguna duda, porque presentándose las flexiones en segunda persona, puede pensarse que se derivan del indicativo, cuyas segundas personas ya hemos visto que son, en general, idénticas á las del imperativo; sin embargo, fijándose un poco en el sentido de esos dos refranes, para lo cual he transcrito las versiones erdéricas textuales, creo que se ve sin dificultad que en ambos se trata de un verdadero futuro de imperativo. Pero el tercer ejemplo no deja lugar á duda ninguna. Ese *ikedak* es bien ciertamente un imperativo: un imperativo de segunda persona masculina familiar del verbo *eman*, que, por feliz circunstancia

cia en este caso, tiene irregular el imperativo sintético; es, pues, inconfundible con el indicativo. Ese **ikedak** no es otra cosa que el presente de imperativo *indak* (dámelo tú, *masc.*), con la nota *ke*, afijada antes del dativo. Luego puede afijarse la nota *ke* á las flecciones del imperativo, y obtenemos de esta suerte un verdadero *futuro de imperativo*, intraducible exactamente á los erderas conocidos.

Puedo afirmar con toda verdad que, de los tratadistas que he estudiado, ninguno habla de este futuro de imperativo, lo cual no quiere, sin embargo, decir que pretenda yo ser el primero que habla de él. Lo que sí es seguro que no soy el primero en haber visto la existencia de este tiempo singularísimo y bien característico del Euzkera: uno de mis maestros de lengua vasca, el ilustre Arana-Goiri'taf Sabin, escribió ya en 1898 las siguientes líneas:

«Egipen onik egi (*) daiken iñori, ez galerazo: zeuk ba-daikezu, zeuk be **egikezu**.» (*Lenengo Egutegi kizkalaña*, hoja *Jórala-28*, reverso).

Y tengo la absoluta seguridad de que no es esta la única ocasión en que Arana-Goiri ha empleado el futuro de imperativo.

Para la formación de este futuro, mediante la nota *ke*, habremos de seguir la misma norma seguida en el de indicativo, ó sea haciendo obrar á la nota *ke* como un sufijo absolutamente. Así tendremos el cuadro que sigue:

MODO IMPERATIVO

TIEMPO FUTURO

Formas	I	II	III
	Pura única	Trans. ^a 1. ^a con dativo <i>niri</i>	Trans. ^a 2. ^a con dativo <i>zuri</i>
Zu	za-zke	za-kidake
aura	be-ke	be-kidake	be-kizuke
Zuek	za-zteke	za-zkidake
ayek	be-zke	be-zkidake	be-zkizuke

(*) *Sic*: sin duda es *egin*.

IV Trans. ^a 3. ^a con dativo <i>ari</i>	V Trans. ^a 4. ^a con dativo <i>guri</i>	VI Trans. ^a 5. ^a con dativo <i>zuei</i>	VII Trans. ^a 6. ^a con dativo <i>ayei</i>
—	—	—	—
za-kioke	za-kiguke	za-kioteke
be-kioke	be-kiguke	be-kizuteke	be-kioteke
za-zkioke	za-zkiguke	za-zkioteke
be-zkioke	be-zkiguke	be-zkizuteke	be-zkioteke

En todo este modo imperativo, las flexiones correspondientes á las primeras personas no existen; las de segundas personas son respectivamente las mismas del indicativo; las únicas propias de este modo parecen ser las de terceras personas, y aun en ellas, solamente el elemento inicial **be** es característico. Algunos quieren que este *be* sea residuo de un *bera* referente al sujeto; bien puede que sea así, pero si nos fijamos en que no es raro que en en las flexiones de tercera persona, á lo menos en las del singular, no aparezca rastro de sujeto (*), quizá no sea del todo aventurado suponer que ese *be* inicial sea residuo de un *bai*, prefijo-afirmativo que ciertamente en muchísimos casos, aunque cambiado en el uso vulgar en *ba*, que, sin embargo, no debe confundirse con el *ba* meramente condicional (**).

Modo subjuntivo.—Ninguno de los seis verbos que estudio en estas notas posee modo subjuntivo en los tratados, á lo menos en el que me guía en la ocasión presente, que es el de Lafdzabal (páginas 48-51). Que se usan en el lenguaje vulgar las del tiempo presente es cosa que puede comprobarse todos los días: *noanean* (cuando yo vaya), *goazen* (vayamos nosotros), etc., son locuciones que se oyen cotidianamente.

Pero adviértase que, si bien esas flexiones tienen, vertidas al español, significación subjuntiva en ciertos casos, no son por eso verdaderamente flexiones subjuntivas independientes, sino simplemente flexiones del presente de indicativo, modificadas por uno ó más sufijos, mediante cuya modificación adquieren, á veces, un significado de subjunción.

(*) Ejemplos: *dakar* (él lo trae), *ekaren* (él lo traía, *bizk.*), etc.

(**) En el uso vulgar se confunden; pero deben separarse ó distinguirse:

«—Zure anaya *ba*-letof.... —**Bai**-datof.»

Quiero decir con esto que *dakizun*, por ejemplo, significa unas veces «lo que vos sabéis» y otras «que vos sepáis»; que *dagidan* significa «lo que yo hago» y «yo lo haga»; que *noanean* significa, asimismo, «cuando yo voy» y «cuando yo vaya», etc. Los segundos significados de estas flexiones son ciertamente de subjunción; pero no puede decirse que los primeros lo sean.

Resulta, pues, de aquí que, en realidad, no existe en Euzkera el tiempo presente de subjuntivo, sino más bien una modificación subjuntiva del presente de indicativo mediante el sufijo *n*, que se cambia en *en*, si la flexión á la que se aplica termina en *z*, y en *an*, si aquélla termina en *t*, el cual entonces se ablanda en *d*. Ejemplos: de *gagozkio* (nosotros le estamos), *goaz* (nosotros vamos) y *zabilkit* (vos me andáis), se obtienen, respectivamente, *gagozkion* (estémosle nosotros), *goaz^{en}* (vayamos) y *zabilkidan* (que vos me andéis). Y así los demás.

El *izan* sigue, en esta parte, la regla indicada, que es completamente general: sólo hay que advertir que este singularísimo auxiliar emplea aquí los radicales *di* é *ite*, ya señalados en el modo imperativo. En la forma I usa el *di* para las personas primera y tercera del singular, y el *ite* para las restantes:

<i>nadin</i>		<i>gaitzen</i>
<i>zaitzen</i>		<i>zaitzen</i>
<i>dadin</i> (<i>dedin</i>)		<i>daitezen</i> (<i>ditezen</i>)

flexiones derivadas de las de un hipotético presente de indicativo (forma I) que sería el siguiente:

<i>nadi</i>		<i>gaitz</i>
<i>zaitz</i>		<i>zaitzte</i>
<i>dadi</i>		<i>daitez</i>

el cual procedería de la amorfa fusión de estos dos, igualmente hipotéticos:

<i>nadi</i>		<i>gadiz</i>	} (1) con radical <i>di</i>
<i>zadiz</i>		<i>zadizte</i>	
<i>dadi</i>		<i>dadiz</i>	

naite	gaitez	}	(2) con radical <i>ite</i>
zaitez	zaitezte		
daite	daitez		

Es necesario observar que de los dos indicativos (1) (2) se deducen dos completos subjuntivos, con muy ligeras variantes dialectales, usuales, según Lafdzabal, en el dialecto de Bizcaya. (Véase *Gramática*, apéndice I, pág. 8).

Como última observación á los radicales **di** é **ite**, podemos hacer notar que, correlativamente á la flexión *adi* (sé tú) del imperativo en tratamiento familiar, tenemos, con el mismo significado, la flexión *aite*, según puede verse en este refrán de la colección de Mr. Van Eys:

Etzun *aite* afaltzaga
jagi *aite* zofbaga.

Acuéstate sin cenar,
levántate sin deuda.

La forma general de esta flexión es *a-* (ejemplos: **ator**, **ago**, **abil**); los dos radicales del *izan* dan, por consiguiente, el usual *adi* y este otro **aite**, seguramente bizkaino, que aparece en los refranes.

Eleizalde'tar Koldobika.

Bérgara, Junio de 1908.

Egloga de Virgilio en euzkera

ALEXIS

La presente égloga es una de las más primorosas de Virgilio.

Koridon, zagalote rústico, siente cariño por el hermoso Alexis; y al ver que éste no hace caso de su amistad, marcha á los solitarios montes, y allí se deshace en tiernas quejas, lamentando sus desaires.

Estos versos de Virgilio son bellísimos: imposible mayor viveza en las imágenes, más acierto en la expresión. Los «exabruptos» son oportunos y donosísimos.

Para algunos comentaristas, Koridon representa al poeta Virgilio, y Alexis al hijo de Polion.

Efayetarañoko suaz laztan eban Koridon artzañak Alexi galanta, ugazabaren kutuntxoa, baña ezeukan zeri itxaroterik.

Beraz, bayoyan safi menditontof ilun pago zafez beterikuetara: an iñarduan bakafik kezka latzak esaten mendiei, ta beresiei alpefeko lanian.

«Alexi enetxoa, nire deyentzako gofa azan gogof ori, ezdaukok nigaz efukijaren pizkik: il beaf dot atzenian.

Orain be datzaz ardiak abaruan; eskuta dira sasitartera, muxkef orlegijak (verdes), (*Arana-Goiri*): eguzkitan galebaten nekatu diranentzako, berakatzak eta sefpola (serpol?) bedaf usaintsuak, joten ari da Testilis.

Neu naz bakafik ire atzean eguzki galda galdatan nabilen au, saltamatxiño kantari jarduleakaz batian, nire didafetara durunda egin daroela abetxuak.

¿Eneban obeto Amarilisen betozko ilunak eta andikerijak igarotea? eneban obeto Menalka? a ikatza lango, i azal edefekua baintzoan be.

Baña ez lafegi siñistu itxureari, gaztetxu galant ori. Aleño (?) politik bertanbera itxi ta jazinto baltzak batzen dira.

Bazteftuta naukak geyago ezian, nor ete nazan be jakin gura ez da: ta ni nazan aberatsa izan, nire ardi piloak, nire pitxafkada ezneak, eta nire zerak.

Amafeun ardi kume daukadaz Siziliko alaguetan; uda ta negu, ezne ugarija izaten dot etxean; eta abestuten dodaz erezi politik, Arpion Dirzekuak (rey de Tebas, músico célebre) ekite ebalez, abereen zain ebilenean Arazintoko itxasmaldetan.

Ezteritxat neure buruari alako ezaña be: oraintxu begiratu naz aizearen geldiuñian ura argi ta garbi egoan efeka egalian eta enaz neu beintzat Dafniren bilduf, auzi-epalia baintzabe, irudijari siñistu banekijo.

Ohl neugaz edef baengizak solo baztefok, eta bizi abeletxetan, edo basauntzen atzean eizara ibili, edo artaldia lafara zuzendul Beresietan soñu gozuak joten ibiliko ginake, Panaren (Pan, el dios de los pastores) antzera.

Panak asmau ebazan basefitafen txilibitutuak, galtsu zijak zu. luetara argizayaz ezafita: Panak dauko ardien da ardi zaiñen ardurea. Ez adi lotza izan txilibitua ezpantxuetan erabilelako; be-
rau joten jakiteafen ezekijan zer egin Amintasek.

Nik daukat txilibitutu bat saspi otseribedafezko zi bardingak (desiguales?) zuluetañ dituzana; Dametak, ilteko zorijan egoala, eskini eustan, ezanaz: «Onek i izango au nire ondorengua». Dame-

tak esaeustan: ikaratuta geratu yatan ondamuz begira Amintas ao zabal.

Baukadaz aume bi be, amiltegi galgafijan aurkituak beintzat, pin̄te zurijakaz oraindaño, efape bitan eukiala edaten deutesnak egunaro auntzari; onek, begiz jota dagoz iretzat.

Euren egafiz Testilis, «emon nexuka» narabil estu aspaldijon, kendu beaf deustaz atzenean ze, nire oparijen lotza az i ta.

Atof ona, gazte edef ori: ara, emen, lamiñak yatortzuz lirioz beterikako otzaratxuakaz; ara Nais zoragafija zuretzat batzen bioleta edufkijak, eta lobedaf pinpiñak (capullos de amapolas): ezafi daroaz narzisoak (?) usain oneko ezamiño loreagaz (la flor del eneldo), eta beste onelango bedarki asko eskumenean loturik, nabartzen dituz (entrelazar colores) jazinto bigunakaz bioleta gofijak.

Nik neuk ekafiko deutzudaz irasagafak (membrillos) ganeko bizartxu ta gusti, ta nire Amariliseri ainbat gustaten (?) yakazan gaztañak; eta onekaz ganera okaran orijak (amarillos, *cerea*): beren itzala (respeto, honor) beaf yako ale oni be.

Zuekana be luzatuko dot eskua, ereñots (laurel) eta aldameanean autan mirto (?), alkafegez usain osasuntsua darijozelako.

¡Erua az, Koridon! opaen gura eztago Alexi; ofetara balitz, auferen induke lola.

¡Zer nai nuke nik efukafi onek? lofak aizetara ofildu, basurdak efekara zuzendu.

¡Ariñeketan oakit, gangaf ori? Beresijetan bizijak dira jainko asko, ta Paris dardanitafa be bai (Paris, célebre troyano).

Bego Palas (fundó Atenas) berak irasitako Urijetan (irasi «fundar» (*Arana-Goiri*): guri beresijak atsedeen).

Leoi eme gaiztoak otsoari dañayo, otsoak auntzari, auntzak untzofi loratsuari, ta ik, Koridon, Alexiri: *bakotxak darabil beren amezak*.

¡Adijok! boaz idijak, euren goldak (arados) buztafitik nafaz daroezala; eguzkija sartuteaz, iluntasuna doya geitutera. Neu naz mañasun laba goritan dirautan au *gnok ezafi legijoz mugafijak mañasunai?*

¡Ène Koridon, Koridon! ¿ze zoro-aldik jo au onen bestian?
Zugaz ganeko matzabea (la vid, matz-abe) erdi iñausian itxi uan;
ezeri akiok mimenakaz da zi bigunakaz, oi danez, zertxu batzuk
baño egingo ezpadozak be.

Idoroko dok besteren bat, baldin iraindu baau Alexi ofek,

Miangolafa.

Cantemus Domino

Mois'en abestija

Jaun-Goikua'ri abestu dayogun,
Aintzaren aintzaz goretsi (1) dalako,
Zaldijak eta zaldi-ganekuak
Itxasuari iruntsi-eragiñaz.

Jauna neure indaŕa, neure goraltza (2):
Bera egin da nire gaizkalia:
Bera nire Urtzi, neuk aintzatuko dot (3);
Asaben Urtzi da; neuk goretsiko.

Gudari-antzez urten zan Jaungua:
Aboroduna beren ixena da.

Paron-buŕdijak, Paron-gudoztia
Amil̄du egin diŕuz itxasuan:
Beren lendari gixen edefenak
Iz gofijetan iŕo egin dira.

Leza-baŕfenak iruntsi ein dabez:
jausten dan legez aŕija ondora
Itxaso-ondora jausi dira danak.

Ein daun indaŕaz, Jauna, goretsi da
Zeure eskumea; Zeuren eskumeak
Arerijuak, Jauna, jo-egin dauz;
Ta aintzaren aintzaz aŕezkagiliak (4)
Eratzi dozuz; bidaldu dautsezu
Zeure sumiña: subak aotza lez,
Iruntsi dozuz gixatalde arek.

Zeure sumiñak urak batu diŕuz:

Uin egikoſa lotuta egon da:
 Leza-baſenak itxaso-erdigan
 ¡Egundo ez-entzunal agiri dira.

Areyuaren autuba ixan zan:
 ¡Jaſaingo natxake; atziſukodaz,
 Aſtun gudakiñak (5), ta ainbanatuko;
 Asebeteko yat nire gogua:
 Aterauko dot niren ezpatea:
 Neure esku onekaz erailgo dodaz.

Zeuk, baña, jauna, putz-egin zenduban;
 Eta itxasuak irunſi ebazan.
 Beruna legez uraren ondora
 Amil̄du ziran itxaso baſenan.

¿Zeu-bestekorik gixon in̄daſturik?
 ¿Zeu-bestekorik, jauna, iñor ete-lei?
 ¿Deunaren deunaz andi, ospatsuba,
 Ixugafiya ta goragafiya,
 Gauza zuſgafijak eingo dauzana?

Zeure eskumea zabaldu zenduban;
 Leza-baſenak irunſi ebazan.

Ixan ziñakon efukijoſ ofek
 Zeuk gaizkatako efi laztanari
 Bide luze gafatzan zuzendari.
 Zeure eskumean eruan zenduban
 Zeuk autestako biztoki deunera.

Mendi-ganetara digoz eſijak:
 Ikusi gabez ta sumin̄du dira.
 Ala gogofak pilistaſa (6) aſtu dau:
 Asaldu dira Eduma-nausijak,
 Ixuikaratu moabaſ gixenak,
 Ta kanandaſak ozkifiñu danak.

Ixuikareak aſtu ta irunſi beiz
 Zeure eskumaren in̄daſa dala-ta:
 Atxa legetxe lotu beñez oro.
 Zeure efi au, jauna, digaron-aſte;
 Digaron-aſte, jauna, zeure efi au,
 Zeuk eukiñako efi laztantxu au.

Saſtuko gauzuz eta eregingo

Zeuk aututako jaubetza-mendijan,
 Eregi dozun jauregi gogoñan,
 Zeure eskubak sendaitako txadonan.
 Jauna, zeu aldun beti ta betiko.

Guda-burdi ta zaldunik askokin
 Paron zalduna saftu da itxasuan;
 Baña, zeuk, jauna, batu dozuz urak
 Euren ganian, iruntsi eyezan.
 Ifaeldafak luf-liofez dabiltz
 Arek bestiak ifoten dirala.

Afiandiaga'tar Imanol.

(1) Goretsi = magnificar, exaltar. (2) Goraldü = alabar; goraltz = alabanza.
 (3) Aintzatu = glorificar. (4) Añezkagile = añezka dagaña, edo adversario. (5) Gu-
 dakin = botín, *ondakin*, *azurkin*, ta beste askotan dago *kin* ori. (6) Pílistaña =
 filisteo.

Зона арктическая (арктический пояс) — зона
 Эвкли (эвклиевый) — зона
 Зона арктическая (арктический пояс) — зона
 Эвкли (эвклиевый) — зона
 Зона арктическая (арктический пояс) — зона
 Эвкли (эвклиевый) — зона
 Зона арктическая (арктический пояс) — зона
 Эвкли (эвклиевый) — зона
 Зона арктическая (арктический пояс) — зона
 Эвкли (эвклиевый) — зона

Арктический пояс

(1) Голубой — голубой (2) Голубой — голубой — голубой
 (3) Синий — синий (4) Синий — синий — синий
 (5) Белый — белый (6) Белый — белый — белый
 (7) Черный — черный (8) Черный — черный — черный

(9) Зеленый — зеленый (10) Зеленый — зеленый — зеленый
 (11) Красный — красный (12) Красный — красный — красный
 (13) Фиолетовый — фиолетовый (14) Фиолетовый — фиолетовый — фиолетовый
 (15) Желтый — желтый (16) Желтый — желтый — желтый
 (17) Коричневый — коричневый (18) Коричневый — коричневый — коричневый
 (19) Серый — серый (20) Серый — серый — серый
 (21) Розовый — розовый (22) Розовый — розовый — розовый
 (23) Синий — синий (24) Синий — синий — синий
 (25) Зеленый — зеленый (26) Зеленый — зеленый — зеленый
 (27) Красный — красный (28) Красный — красный — красный
 (29) Фиолетовый — фиолетовый (30) Фиолетовый — фиолетовый — фиолетовый
 (31) Желтый — желтый (32) Желтый — желтый — желтый
 (33) Коричневый — коричневый (34) Коричневый — коричневый — коричневый
 (35) Серый — серый (36) Серый — серый — серый
 (37) Розовый — розовый (38) Розовый — розовый — розовый
 (39) Синий — синий (40) Синий — синий — синий
 (41) Зеленый — зеленый (42) Зеленый — зеленый — зеленый
 (43) Красный — красный (44) Красный — красный — красный
 (45) Фиолетовый — фиолетовый (46) Фиолетовый — фиолетовый — фиолетовый
 (47) Желтый — желтый (48) Желтый — желтый — желтый
 (49) Коричневый — коричневый (50) Коричневый — коричневый — коричневый
 (51) Серый — серый (52) Серый — серый — серый
 (53) Розовый — розовый (54) Розовый — розовый — розовый
 (55) Синий — синий (56) Синий — синий — синий
 (57) Зеленый — зеленый (58) Зеленый — зеленый — зеленый
 (59) Красный — красный (60) Красный — красный — красный
 (61) Фиолетовый — фиолетовый (62) Фиолетовый — фиолетовый — фиолетовый
 (63) Желтый — желтый (64) Желтый — желтый — желтый
 (65) Коричневый — коричневый (66) Коричневый — коричневый — коричневый
 (67) Серый — серый (68) Серый — серый — серый
 (69) Розовый — розовый (70) Розовый — розовый — розовый
 (71) Синий — синий (72) Синий — синий — синий
 (73) Зеленый — зеленый (74) Зеленый — зеленый — зеленый
 (75) Красный — красный (76) Красный — красный — красный
 (77) Фиолетовый — фиолетовый (78) Фиолетовый — фиолетовый — фиолетовый
 (79) Желтый — желтый (80) Желтый — желтый — желтый
 (81) Коричневый — коричневый (82) Коричневый — коричневый — коричневый
 (83) Серый — серый (84) Серый — серый — серый
 (85) Розовый — розовый (86) Розовый — розовый — розовый
 (87) Синий — синий (88) Синий — синий — синий
 (89) Зеленый — зеленый (90) Зеленый — зеленый — зеленый
 (91) Красный — красный (92) Красный — красный — красный
 (93) Фиолетовый — фиолетовый (94) Фиолетовый — фиолетовый — фиолетовый
 (95) Желтый — желтый (96) Желтый — желтый — желтый
 (97) Коричневый — коричневый (98) Коричневый — коричневый — коричневый
 (99) Серый — серый (100) Серый — серый — серый

COSAS DE BILBAO

EL HOMBRE DEL CARRO

Son las siete de una mañana borrosa, que se inició con pesada bruma en las lejanías y tenue *sirimiri* blandamente cernido sobre las calles de la población.

La villa de aquel célebre Don Diego que, pistola en mano, defiende el *desanche*, llevándose á cuestas una hermosa bacalada, comienza á recibir la tempranera visita de pollinesca mesnada de todo linaje y pelaje que, con las más conspicuas vendedoras del vaquerizo jugo, bajara de las alturas de Archanda, Lezama y Zamudio... la flor y nata, según fama, de jumentos y lecheras en tres leguas á la redonda.

Los pacientes rucios, de luengas y enhiestas orejas, haciendo con ellas oídos de mercader para cuanto les rodea, reconcentran toda su honrada filosofía para dejarse maniar por las garridas compañeras, quienes trabándoles con el propio roncal sus remos delanteros, los dejan inmóviles á la vera de las casas en que aquellas cuentan con más lucida *vecería*... y allí permanecen estoicos, con la vista humildemente baja y fija, soportando con resignación la pesadumbre de los cestones gemelos que, pendientes á sus flancos, guardan buena provisión de verduras y cacharros ..

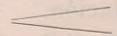
¿Y por qué no hemos de suponer también, que en aquellos momentos reflexionan sobre teorías humanas tan equivocadas como la de que todo se convierte en polvo, cuando estaban viendo á éste convertirse en deliciosa papilla, que toma el aspecto de la

verdadera Revalenta arábiga, para transformarse más tarde en pintorescos *mascales*?

Mientras tanto, las *sencillas campesinas* van haciendo en la ace-ra próxima sus trasiegos, coupajes y potajes de cacharro en perol, de perol en cantimplora, antes de proceder á la distribución del cándido, pero no siempre puro jugo alimenticio, en las habitacio-de sus parroquianas...

De vez en cuando lanza el burro de Berastegui una endecha amorosa, que al punto es contestada con el mismo expresivo acento por la burra de la Gran vía...

Sirve de acompañamiento al idilio asnal, el paso de un hombre que camina *en seis por ocho* y cesto al brazo, cambiando el género de su contenido al vocearlo en esta forma: ¡*El churrero, ca...lentilas!* y marcando el bajo con una pata de palo que repercute en las ace-ras... *pim-POM; pim-POM...*

En esto se percibe á distancia un rumoroso, tintinante y sobre-agudo trémolo—obligado en tan clásicas *matinéés*—que viene manifiestándose en prolongado *crescendo*  hasta que asoma al volver la esquina un vetusto carretón, que de verde fué pintado allá en los buenos tiempos de Sagasta... mas como también la pin-tura liberal se gasta, ha quedado de un color que ni fu ni fa, pero con más tendencias á lo último...

Es que se acerca mayestático el carro de la *sarama...* de confi-guración tan *arcaica* que recuerda la del arca de Noé, y en cierto modo nos trae asimismo á la memoria, hasta la tan resobada *harca* de los pulquérrimos rifeños.

Tiene la nuestra cuatro alas que sirven de tapaderas y se le-vantan y mueven, según las necesidades, como planos de avia-ción, y en la parte zaguera lleva colgado de un garfio, mugriento *sarán* que sigue como á regañadientes, dando tumbos y cabezadas, los movimientos oscilatorios del vehículo...

Y eso que aquel apéndice está destinado á guardar los predi-lectos y más preciados despojos...

Dándolos guardia de honor, escoba al hombro, viene en pos el *saramero*. De indolentes andares; envuelto en burdo impermeable que debió ser negro en tiempo de las colonias, y ahora es mulato; embutidos sus extremos inferiores en torpes y pesadas botas de agua, procedentes de algún difunto paquidermo, resulta una figu-

ra desdibujada, que ni ríe, ni llora, ni chupa, ni come, ni bebe, ni viste, ni besa... pero huele, y no á ámbar.

Es un hombre del montón; pero del montón que él manipula.

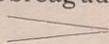
Aquí arroja en el interior del arcaico recipiente, una palada de materia neutra que recoge del arroyo, ayudado por la redomada escoba de brezo que nunca abandona el indefinible conductor de aquel mal oliente convoy; y dando una voz inarticulada, hace andar al pobre penco, que tira á duras penas, llevando, para endulzar las suyas, encima del silletín de aparejo, el instrumento que automáticamente ejecuta la popular sinfonía del gran *Tintinnetto*.

Cuando con su gruñido especial hace aquél parar á la acémila, comienza el desenfrenado toque de timbres—antaño era de carraça y aldabonazos—que corresponden á todos los pisos á diestra y siniestra mano de la calle levantados...

Es la señal que hace acudir en tropel á las princesas del fogón, reinas de la puchera y emperatrices del fregado, que, luciendo la discutible morbidez de sus pseudo-torneados brazos y con los característicos cajones bien repletos de aromática *sarama*, vienen á volcar éstos en el famoso carro, al que rodean como encariñadas con aquel mamotreto de vientre putrefacto.

El *saramero* hace como que no las ve; á veces hace como que quiere ayudarlas, y ellas, parodiando á las alegres comadres de Windsor, tratan de convertirlo en otro Falstaff...

Y tras algunas risotadas de ellas y algunos conatos de *sirri* de él, van desfilando hacia sus respectivas habitaciones, siempre con los brazos desabrigados, las primeras, mientras que el último, subido en el carro, escarba con el azadón los detritus, para separar huesos, trapos y papeles, que deposita cuidadosamente en el *sarón* de las predilecciones...

Y profiriendo su característico ¡*Ahrgh!* hace que se mueva el triste rocín, sonando de nuevo el tintinante y sobrealgado trémolo, mas ahora en esfumado y misterioso *diminuendo*  hasta que ya no lo perciben nuestros órganos auditivos...

Pero—dirá el impaciente lector—¿es acaso el *saramero*, el hombre de quien aquí se ha querido tratar?

—¡De ninguna manera!... ¿No veis aquel ser estrafalario que indefectiblemente sigue por la acera todas las mañanas, haciendo como que lee el *Noti*, y á honesta distancia, pero sin perder de

vista los accidentes y atributos que rodean al *saramero*... y al dar éste el gruñido del pare, para en seco también, llevando sin pestañear sus miradas hacia el grupo que forman las distinguidas fogopucherfregánticas damas...?

Pues es él...

De aspecto sombrío, tristón y flácido, con descuidada indumentaria protegida por verdoso y blanducho sombrero de alas retorcidas y martirizadas, con nadie habla; sólo observa y sigue la pista del incoloro carretón, haciendo sus mismas detenciones, paradas y altos...

¿Que quién es...? Pues, según dicen, un honrado y pacífico ciudadano que siente el arte á su manera y practica un *sport* tan original como inocente: el examen intensivo, comparativo y analítico de la exuberante naturaleza en los rollizos y rojizos brazos que al aire exhiben las bachilleras y doctoras en ciencias culinarias, siendo un esteta contemplativo, admirador de la forma y entusiasta del desnudo parcial, aunque á veces resulte éste algún tanto amondongado...

Persigue, sin duda, con tan tenaz cuanto estéril empeño y busca con afán la solución, el complemento de un ideal artístico, que todo el mundo echa de menos: los brazos que mejor pudieran adaptarse á la Venus de Milo que, desgraciadamente, carece de ellos.

¿Pero á qué nombre responde ese obsesionado *sportman* que, años y años, con una constancia digna de mejor suerte, viene llevando á cabo la misma función, todas las mañanas, ayer por una calle, hoy por otra, ya estemos en verano ó en invierno, en otoño ó primavera...?

¿Será acaso esto último?

Nadie sabe cómo se llama, quién es, ni de dónde viene: sólo se le conoce en Bilbao con el dictado humorístico de *el hombre del carro*.

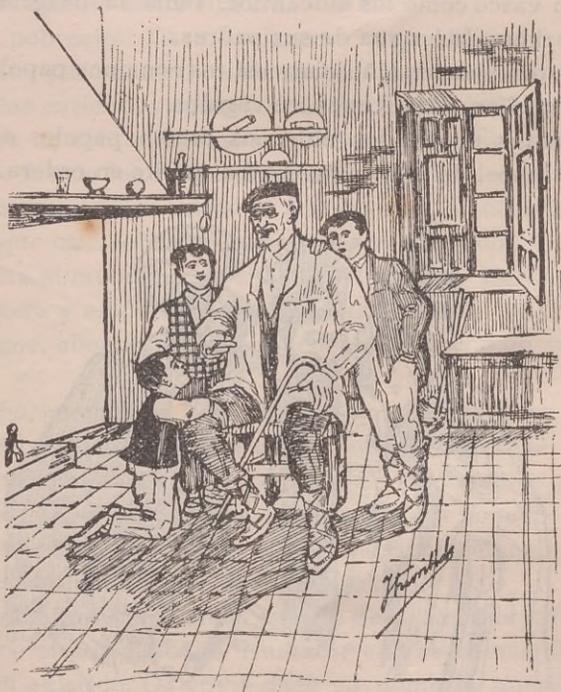
Un Chimbo.

LOS REYES MAGOS

—Abuelito: cuéntenos un cuento.

—¿Queréis un cuento, queridos míos? Pues voy á complaceros relatándoos uno que puede servir de gran enseñanza.

Ya sabéis que esta noche los Reyes Magos hacen una visita



á todos los pueblos cristianos. Desde las lejanas tierras en donde dichosos viven, no dejan un solo año de recorrer el mundo. Lo

que seguramente no sabréis es que pasan de largo por delante de las casas en que habitan malos cristianos, deteniéndose, en cambio, para dejar regalos á los niños en las casas habitadas por gente temerosa de Dios. Menos sabréis aún que los Reyes Magos conocen y hablan todos los idiomas, hasta los de los pobrecitos esclavos negros; pero (cosa rara), en cuanto entran en un país, hablan el idioma de él y olvidan todos los demás.

Pues bien: hace ya bastantes años se hallaban en noche como esta, lo mismo que vosotros ahora, en un caserío bizkaino, tres niños preparando sus cestitos para que los Reyes pusieran en ellos sus regalos.

Dos de los niños eran del caserío, aldeanitos que hablaban bonitamente el euzkera, la lengua de nuestro pueblo. El otro niño era de familia rica, nacido en un pueblecito contiguo á Bilbao; y aunque tan vasco como los aldeanitos, tenía la desgracia de no saber el euzkera, la lengua de sus padres.

Prepararon los tres niños sus cestitos con unos papeles dentro, en los que pedían á los Reyes los regalos.

Los cestitos de los dos aldeanos tenían papeles escritos en euzkera; el papel del otro niño estaba escrito en erdera.



¿Y qué ocurrió? Llegaron los Reyes Magos y se pararon ante la puerta del caserío para leer los papeles.

Primero venía Melchor, que cogió los papeles colocados por los niños, leyó lo que decían los dos escritos en euzkera y dejó los regalos. Pero como no supo leer el escrito en erdera porque, desde que entró en Euzkadi, no sabía más que euzkera, dió el papel á sus compañeros Gaspar y Baltasar para que lo leyeran. Tampoco éstos comprendieron lo que decía; y poniendo regalos en los dos cestitos de los niños euzkeldunes, dejaron vacío el del otro niño, que, como os he dicho antes, aunque era vasco, no sabía hablar en la lengua de sus padres.

—¡Qué lástima!—dijo, sin poderse contener, uno de los pequeños oyentes.

—Sí, querido mío, replicó el abuelo—gran lástima es que un niño vasco no sepa hablar en la lengua de Euzkadi.

—Abuelito, á mí lo que me da lástima es que no le dejasen regalo al niño que no sabía euzkera.

—¡Ay, pobrecito! Tú todavía eres muy chiquitín y no comprendes esto; pero acuérdate siempre de las palabras del abuelo para que las entiendas cuando seas mayorcito: la lástima grande es que haya un solo niño vasco que no sepa hablar el euzkera.

—¿Y se fueron los Reyes Magos?

—Sí, se fueron. Envueltos en sus mantos, blancos por la mucha nieve que caía sobre ellos, marcharon cargados de regalos á dar la vuelta al mundo; y en cuanto salieron de Euzkadi, olvidaron el euzkera y empezaron á hablar otro idioma.

—Dígame, abuelito: ¿lloró mucho el niño que no obtuvo regalos?

—Mucho, muchísimo lloró aquel niño; y aunque los otros dos repartieron con él sus regalos, como buenos vascos, el niño rico, que tenía un alma tan grande como la de los hombres y un corazón de héroe, desde aquel día, aunque era tan pequeño, formó el propósito de estudiar el euzkera y de sacrificarse hasta perder la vida, si preciso fuera, por el bien de Euzkadi.

Aquel niño, queridos míos, cuando llegó á hombre, fué un héroe, el héroe más grande de Euzkadi, el vasco más insigne de cuantos han existido. Os voy á decir su nombre, queridos míos, para que lo grabéis bien en vuestra memoria y lo queráis siempre con todo vuestro corazón. ¿Me prometéis no olvidarlo nunca y quererlo mucho, mucho?

—Sí, abuelito. ¿Cómo se llamaba?

—Sabino de Arana-Goiri. Así se llamaba aquel niño que después llegó á poseer el euzkera como nadie hasta él lo supo nunca; que llegó á amar á su Patria de tal modo que por ella, de rico que era, se volvió pobre. Y no sólo dió á su Patria sus riquezas, sino que le dió su libertad y hasta su misma vida.

Queridos míos, sed como Sabino de Arana-Goiri; y puesto que tenéis la dicha de hablar el euzkera, habladlo siempre y no lo olvidéis nunca.

Ya sabéis que los Reyes Magos no dejan regalos á los niños que hablan erdera.

L. DE AULESTIA.

IMPORTANTES MEJORAS EN LA REVISTA "EUZKADI"

A partir del año próximo 1910, nuestra Revista publicará 6 números anuales en vez de 4, y el largo período de aparición de 3 en 3 meses quedará reducido al de dos, siendo el tamaño de cada número aproximadamente igual al actual.

Además, se procurará que la Revista sea más variada y amena que hasta el presente, introduciendo en cada número mayor cantidad de *secciones fijas y variables*. Entre las fijas figurarán hasta su total agotamiento, los escritos inéditos del llorado maestro Arana eta G. tañ Sabin y sin contar las que vienen publicándose y otras nuevas, se establecerá la importante sección de revista *de obras y de revistas*, destinada á reseñar más que á criticar escritos que sea útil dar á conocer á los vascos de entre los publicados en Euzkadi ú otros países y en los que se trate algún asunto referente á cuestiones euzkadianas ó simplemente relacionadas con aspiraciones y problemas de nacionalidad.

Aumentaremos también el número de secciones variables y su interés, procurando acomodarnos á la diversidad de aptitud y de aficiones de nuestros lectores, y concediendo la importancia que tienen á muchos asuntos de estudio hasta ahora poco explorados, nos esforzaremos porque personas competentes se dediquen á su cultivo, aumentando el caudal de investigaciones y dando solu-

ción á los más palpitantes problemas que se ofrecen al pueblo vasco en el orden teórico y en el práctico. Encuéntrase en ese caso muchos puntos de *historia social, política y biográfica*, de *derecho civil, escrito y consuetudinario, administrativo, etc.*, cuestiones de *psicología vasca*, de *economía*, de *lingüística* misma, á pesar de todo lo que acerca de esto se ha escrito y escribe, las cuales de corrido indicamos; hállanse también comprendidos en esas indicaciones los trabajos referentes á las *bellas artes* vascas, desde la *música*, de que aún no tenemos una colección suficiente, hasta la *arquitectura vasca*, cuyos elementos y carácter todavía concretamente no se ha definido; compréndese, y no intentamos debidamente clasificarlos, mil estudios como los de *agricultura y fauna y flora* y *Geología* del país, los de *etnografía, higiene y patología, demografía, industrias, organización* en todos los órdenes, etc.

Y esto, sin hacer mención especial de todo el extenso campo que comprende el cultivo de la amena *literatura en lengua vasca ó sobre asuntos vascos*, anotando de paso la necesaria formación de una *biblioteca euzkérica*.

Tales son los propósitos que la Revista EUKADI alimenta, sin pretender recargar con un sólo céntimo el actual precio de suscripción y dándolo todo á beneficio de sus lectores y á la ilustración vasca, fin de su existencia y en pro de la cual está dispuesta á hacer los mayores sacrificios.

Compréndanlo así nuestros lectores y persuádanse todos los vascos de la excepcional trascendencia de ese empeño por engrandecer la cultura nacional euzkadiana y la de todos los individuos de la raza que abrigamos, pues sólo de esa manera seremos fuertes por nuestra conciencia de hermanos y por nuestra unión, fuertes por nuestra organización y acción común, fuertes y avasalladores por la supremacía de nuestras armas, pues la superioridad científica, la inteligencia unida al saber sólido y verdadero, trae la superioridad de unos pueblos sobre los otros.

Así compenetrados todos los vascos y en particular los que de patriotas se precian con nuestro empeño, esperamos que no nos escatimarán la protección de su cariño, de una lectura y atención asidua, de la propaganda y del dinero. Pero sobre todo, lo que esperamos y con más persistencia pediremos á cuantos puedan prestárnosle, es el concurso de la colaboración y del trabajo lite-

rario en esta Revista, sin la cual los buenos propósitos de su Dirección se estrellarían, siendo infecundos, porque nuestra Revista si ha de responder á ellos, debe ser obra de muchas manos, cuantas más mejor, y hé aquí también un gran medio de adquirir la cultura que para nuestros paisanos ambicionamos: enseñando y ejercitándose se aprende.

Con tal intento de obtener una colaboración bien nutrida, hemos redactado una circular que un buen número de nuestros lectores de reconocida ilustración habrá de recibir ó recibido; probable es que hayamos padecido omisiones, pero nuestro ánimo no ha sido excluir á ninguno que se sienta con arrestos para acompañarnos en nuestra obra; déense todos por invitados y no nos nieguen su valiosa cooperación por resentimientos ó apatía.

Cooperación que, como en la circular decimos, pueden todos prestarnos sin grande esfuerzo, sin distrarse del trabajo propio de la profesión particular de cada uno, y como sucede, no sólo á quien tiene discursos ú obras aún no publicadas, sino que el sacerdote, por ejemplo, puede acaso hacernos partícipes de sus trabajos para perfeccionarse en el euzkera ó que para la predicación le son precisos, puede en nuestra Revista discurrir acerca de los medios prácticos para corregir viciosas costumbres ó mejorar la condición social de sus feligreses ó enviarnos notas de archivos que custodia; el abogado tropieza en su carrera con leyes opresoras que pasan desapercibidas y poco odiadas por el desconocimiento de los que las sufren sin protesta, y nada le cuesta anotarlas y aún darnos cuenta de los inmensos perjuicios que causan, y del mismo modo médicos, arquitectos, etc., etc., pueden con ligero sacrificio servirnos. Para decirlo en términos generales, apenas hay un asunto profesional, por muy limitado que parezca, que no tenga su aspecto nacional y científico y que con escasa diligencia no pueda ser convertido en materia de estudio y de útil exposición en la Revista. Más: *cada uno debe aspirar á ser dentro de su profesión ú oficio verdadero especialista y patriota, y esto lo conseguirá estudiando y frecuentemente escribiendo.*

Háganlo así los patriotas de todas las carreras y profesiones en doble provecho de la ilustración general y de la suya personal; esfuércense en levantar el nivel de nuestra cultura nacional, con tanto más tesón, cuanto que, arrebatada por los enemigos de Euz-

kadi la libertad de enseñanza, entre otras libertades preciosas de nuestro patrimonio, en manos ajenas la instrucción oficial y sin derecho á procurarnos instituciones propias, tírase por nuestros enemigos á matar nuestra personalidad, lengua y tradiciones, y para perpetrar este crimen no reparan en condenarnos al embrutecimiento más odioso, al que vamos caminando en los momentos precisos en que debíamos escalar las cimas del saber.

C R O N I C A

Con más solemnidad, si cabe, que en años anteriores han celebrado en este de 1909 los nacionalistas de toda Euzkadi, el aniversario de la muerte de Arana-Goiri. En pocos pueblos de Bizkaya y Gipuzkoa habrá dejado de decirse una Misa en sufragio del alma de aquel Gran Vasco. La solemnísima celebrada en Abando, en la parroquia de San Vicente Martir, fué un verdadero acontecimiento, tanto por su esplendor, como por la cantidad y calidad de las personas que llenaban el templo.

Por la noche tuvo lugar en el Centro Vasco una velada necrológica, que también se vió muy concurrida.

Un verdadero triunfo ha obtenido el Partido Nacionalista en las últimas elecciones para concejales de Bizkaya. Pueblos ha habido en que los patriotas coparon todos los puestos.

Pero donde el triunfo ha sido verdaderamente asombroso es en Bilbao. Luchaba aquí el Nacionalismo contra todas las llamadas izquierdas por una parte y todas las derechas por otra, ayudadas eficazmente aquéllas por las autoridades, y aquéllas y estas por el dinero. El Nacionalismo presentóse, como siempre, sólo, sin uniones ni inteligencias de ningún género, con la única arma del irresistible entusiasmo de sus afiliados.

A pesar de lo desigual de la lucha, consiguió el partido nacionalista sacar triunfantes seis candidatos, de los ocho que presentaba.

Desde el próximo número, nuestra Revista, en lugar de salir una vez cada tres meses, saldrá de dos en dos. Además tenemos en proyecto varias reformas para darle más amenidad; y esperamos ponerla en condiciones de no tener que envidiar nada á las revistas de este género, que se publican en Europa.

Lope de Aulestia.

XII-1909.

Índice del tomo VI de la Revista "EUKADI"

Año 1909

Advertimos que este tomo se compone de los dos números 17 y 18 servidos por la Revista en la forma ordinaria, pues el **Euzkel Iztia** ó **Gramática de la lengua vasca según el método de Ollendorf**, que vino á darse en equivalencia de los otros dos números anuales, forma tomo separado.

Número 17

	Páginas
<i>Fragmentos del cuarteto primero de J. C. de Arriaga</i>	3
<i>Es Juan ara!!!</i> , por E. M.	5
<i>Apuntes históricos de Bizcaya</i> , por Azkonafa	7
<i>Egloga de Virgilio en euzkera</i> , por Miangolaña	53
<i>Revisión del verbo «egoki»</i> , por Eleizalde'taf Koldobika	57
<i>Defensa del «Análisis y corrección del Pater Noster del euzkera usual»</i> , por Afatia eta Agafe'taf Jon Mikel.	63
<i>Bibliografía</i> , por Jon	87
<i>Acta</i>	89
<i>Crónica</i> , por Lope de Aulestia	90

Número 18

<i>Idekuak alkañekin (Cada oveja con su pareja)</i> , comedia original en un acto y en prosa, por Miguel Cortés.	99
<i>Defensa del «Análisis y corrección del Pater Noster del euzkera usual»</i> , (continuación), por Afatia eta Agafe'taf Jon Mikell	117
<i>El Alcalde de Tangora</i> (continuación), por Oscar Rochelt	131